

LOU CARRIGAN

FUNCIÓN PARA UN SOLO ESPECTADOR

—Bueno, me han escuchado unos pocos segundos. En seguida me han dicho que los demás no tenemos la culpa, que no debemos preocuparnos. Son buenos muchachos…, pero se han marchado a toda prisa. Está claro que no les gusta molestar… ¡Cómo, Nellie! ¿Qué hace con una copa vacía en la mano? ¡Hay que llenarla inmediatamente!

—Gracias, Herbert —sonrió la actriz—. Pero no debo beber mucho. Me gusta tanto que a veces me excedo sin darme cuenta, y entonces…

—¡JA, JA, JA, JA, JA…! —Sonaron en aquel momento unas fortísimas carcajadas.



Lou Carrigan

Función para un solo espectador

Bolsilibros: Selección Terror - 422

ePub r1.1

Titivillus 04.10.15

Lou Carrigan, 1982
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

La salva de aplausos atronó la sala del «Mac Tavish Theatre» mientras caía el telón.

Algunos espectadores comenzaron a ponerse en pie. En el amplio escenario, los actores que habían representado por centésima vez la última obra del cada día más famoso Spencer Scott-Warren, saludaban con gestos de agradecimiento la adhesión del público. Diana Burns, la encantadora primera actriz, lanzaba besos y sonrisas. Trevor Baker, el guapísimo primer actor, hacía inclinaciones de cabeza, sonriendo muy ufano.

En una de las entradas al escenario, Spencer Scott-Warren, autor de «El jardín sin flores», y Herbert Kimball, director escénico de la obra, se estrechaban la mano, entusiasmados.

—¡Enhorabuena, Spencer! —Felicitaba Kimball—. ¡Nadie podrá ya dudar de su éxito! La centésima representación… ¡y oiga esos aplausos!

—Tengo un público muy amable —sonrió Spencer—: supongo que estos aplausos tan nutridos son como un homenaje a las cien representaciones, más que a otra cosa.

—¡Vamos! ¡No sea tan modesto, hombre! ¡Esos aplausos son aplausos, y nada más! ¡Aplauden, la obra, eso es todo!

—Y también a los actores, ¿no? ¿Y a usted? Ha hecho una labor magnífica, Herbert. Mi obra no habría tenido el mismo éxito si no hubiese contado con usted, y con actores de tanta calidad…

—Todos tendrían que ser tan modestos como usted —frunció el ceño Herbert Kimball—. Pero fíjese en Trevor Baker. Saluda como si él lo hubiera hecho todo: escribir la obra, dirigirla, y representarla él solo… ¡Y no me extrañaría que incluso estuviera convencido ya de que los decorados son obra suya!

Spencer Scott-Warren encogió los hombros, con un gesto de benevolencia.

—Es un buen actor —dijo.

—Pero no el mejor del mundo, como él cree.

—No… —sonrió Scott-Warren, divertido—, no es el mejor del mundo para nosotros. Pero quizá él crea que lo es. Ya sabe que las personas acabamos siendo lo que deseamos ser.

—Pero eso no nos autoriza a ser tan vanidosos… Bueno, ¡ya tendrá Trevor Baker su merecido!

—Respecto a este comentario, Herbert, opino…

—Están llamando al autor —le interrumpió Kimball—. Vamos, hombre, salga a saludar. ¡Y diga algo, no sea tan tímido y modesto!

—Algo se me ocurrirá —sonrió de nuevo el escritor.

Tomó del brazo a Kimball y tiró de él hacia el centro del escenario. Kimball comenzó a protestar y a debatirse, y así fueron vistos por el público en un lado del escenario. Los aplausos arreciaron, y Herbert Kimball no tuvo más remedio que ceder a la atracción de Spencer Scott-Warren, que decía, sonriendo:

—¿Quién es el tímido y modesto, Herbert?

Lo soltó por fin, y comenzó a estrechar la mano a los actores y a besar la de las actrices. Más aplausos, que decrecieron cuando el público se dio cuenta de que el celebrado Spencer Scott-Warren iba a hablar. Se hizo el silencio.

Spencer comenzó a hablar. A los pocos segundos sonaron las primeras risas y algunos aplausos. El público estaba encantado. No sólo la obra era verdaderamente buena, sino que el autor era un hombre de palabra fácil e ingeniosa, una persona simpática y mundana. Habló sólo durante tres minutos, pero las risas y los aplausos se sucedieron. Incluso los actores reían, y algunos incluso aplaudieron. En las tramoyas, los empleados del teatro también reían. El encanto de Spencer Scott-Warren estaba fuera de toda duda. Cuando terminó su breve discurso de agradecimiento, los aplausos volvieron a resonar en todo el «Mac Tavish Theatre», el mejor de Lambeth, Londres. De nuevo saludaron los actores, el autor, el director… El telón subía y bajaba.

Y finalmente, quedó abajo. En la sala ya sólo se oía el rumor del público retirándose. Cien representaciones de «El jardín sin flores», y el éxito estaba asegurado.

—Quizá debieron aplaudirme un poco más, ¿no le parece Spencer? —preguntó Trevor Baker.

El escritor miró amablemente al primer actor. Alto, rubio, elegante, guapo, joven, inteligente… Los demás miembros de la compañía teatral quedaron silenciosos, esperando la respuesta de Spencer al insoportablemente vanidoso Trevor Baker.

—Si lo desea, Trevor —deslizó Spencer—, podemos levantar otra vez el telón, y estoy seguro de que el público, muy cortésmente, volverá a aplaudir.

—Me parece bien —asintió Baker—, siempre y cuando me quede yo solo en el escenario, claro está.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la bellísima Diana Burns—. ¡Esto ya es demasiado, Trevor! ¡Todos los que estamos aquí…!

—Sois buenos comparsas, debo admitirlo —sonrió en plan divino Baker—, pero aquí sólo hay un primer actor.

—Muchacho —masculló el veteranísimo Edgar Bottome, que seguía trabajando por amor al teatro a sus setenta y cinco años—, usted está en un gran error. Aquí hay varios primeros actores. Lo que pasa es que el papel de protagonista le ha correspondido a usted por su edad y características, pero…

—¡Bah, bah, bah! ¿A qué primeros actores se refiere usted?

—Empezando por mí mismo…, y me pongo en primer lugar sólo porque soy el más viejo…, tenemos a George, a Leyland, a…

—¡El telón! —Le interrumpió Trevor—. ¡Se va a quedar el teatro vacío para mi último aplauso!

—¿Sabe, hijo? —Gruñó Herbert Kimball—: He conocido gente vanidosa en mí ya larga vida, pero ninguno como usted. Me pregunto cómo Diana puede soportarlo fuera del escenario.

—Por la sencilla razón de que no podría encontrar nada mejor que yo —replicó Baker.

—¡Trevor, por favor, ya está bien! —protestó Diana Burns.

—Sí —dijo Spencer Scott-Warren—, será mejor que dejemos esta conversación. Tengo unas botellas de champaña en el despacho de Herbert, y me gustaría que tomásemos todos unas copas de celebración en buena armonía.

—¡Me encanta el campaña! —Exclamó Nellie Dorsey—. Usted es una persona muy atenta y amable, Spencer.

Este tomó la mano de la veterana actriz, llevándosela a los

labios, y diciendo:

—¿De qué modo podría ser con los artífices de mi éxito? Nellie: es usted la más maravillosa actriz de carácter que he visto en toda mi vida sobre un escenario.

—¡Oh, bueno…! —Se sonrojó de placer la actriz.

—Quizá demasiado melodramática, ¿no? —apuntó Trevor Baker.

—¡Eres un estúpido! —exclamó Diana Burns.

Dio la vuelta y abandonó el escenario. Hubo un instante de silencio. Por fin, George Clough dijo:

—Será mejor que vayamos todos a quitarnos el maquillaje, y a cambiarnos de ropa. ¿Nos vemos en su despacho, Herbert?

—Sí —asintió el director—. Los esperamos allá a todos.

La reunión se disolvió. Los actores se dirigieron a sus respectivos camerinos, y Spencer y Herbert se dirigieron al despacho de éste, donde, en una gran cuba con hielo, esperaban media docena de botellas de champaña francés.

En la sala, los acomodadores hacían su repaso habitual, en busca de objetos olvidados. Los tramoyistas habían abandonado ya sus puestos. El resto de empleados se preparaban para marchar. Las luces se iban apagando.

—John —llamó Spencer a un hombre que se cruzó con ellos en el pasillo—, avise a los demás empleados para que vengan a tomar una copa al despacho del señor Kimball, ¿quiere?

—Con mucho gusto, señor. Reciba también mi aplauso… Y usted también, señor Kimball.

Este palmeó en un hombro a John, el más antiguo empleado del «Mac Tavish Theatre», del que, además de director, Kimball era propietario, y financiador de todas las obras que allí se representaban.

Ya en el despacho, Kimball se sentó tras su mesa y Spencer ocupó uno de los sillones. ¡Aquel idiota de Trevor Baker…! ¿Cómo se le ocurría ofender a personas de la valía profesional de Nellie Dorsey o de Edgar Bottome? A sus casi setenta años, Nellie era, sin la menor objeción, una magnífica actriz, casi tanto como el propio Bottome.

Luego, estaba Florence Mac Donnell, tres o cuatro años más joven que Nellie, pero igualmente con cualidades de primera actriz.

En cuanto a la tercera mujer del elenco, Diana Burns, tenía sólo veinticuatro años, y, aparte de ser bellísima, había dado de sobras la talla para el papel asignado en «El jardín sin flores».

¿Y qué decir del resto de los actores? Leyland Waddle, a sus sesenta y cinco años, hacía una representación extraordinaria. George Clough, con sesenta y dos, era uno de los indiscutibles veteranos de más calidad en el teatro inglés. Y por último, Nick Tremaine, de treinta y dos años, un actor sobrio y meticuloso que parecía vivir su papel de tercero en discordia en el matrimonio que, en la obra, representaban Diana y Trevor. Se decía, al respecto, que Nick Tremaine hacía tan bien su papel precisamente porque en la realidad también era el tercero en discordia entre las relaciones que unían privadamente a Diana Burns y a Trevor Baker…

Como fuese, un grupo de actores formidables. ¿O no? ¿Quizá Trevor Baker tenía razón, y él estaba muy por encima del resto de actores de la compañía?

—¿En qué está pensando?

Spencer alzó la cabeza y miró a Kimball, que le observaba atentamente.

—En realidad, estaba pensando que tenemos un elenco magnífico para «El jardín sin flores». Me gustaría poder contar con la mayor parte de ellos para mi próxima obra.

—¡Ah! —Se reanimó Kimball—. ¿Ya la tiene en marcha?

—Estoy dando el último repaso al argumento. Espero empezar a escribirla dentro de un par de semanas. Posiblemente me iré a la Costa Azul… Me gusta trabajar con sol.

—Buena idea. ¡Y mientras tanto, nosotros seguiremos ganando dinero para usted! Mire, Spencer, no quiero parecerle codicioso, pero usted sabe que tengo intereses en un par de teatros de la City, así que… Bien, quiero decir que me gustaría contratar también su próxima obra.

—No tengo inconveniente. Pero no sé si sería conveniente que se representaran dos obras mías simultáneamente, una en Lambeth y la otra en la City. Además, si hiciéramos eso no podríamos contar para la obra próxima con Bottome y los demás, tendríamos que buscar otros actores.

—Hay muy buenos actores en todas partes.

—Pero sólo hay un Trevor Baker, ¿no?

—Estoy de él hasta aquí —se tocó las cejas Kimball—. Y no veo por qué no habríamos de encontrar otro igual o mejor. El mismo Nick Tremaine…

La puerta del despacho se abrió, y apareció John, seguido de otros empleados del teatro. La conversación fue aplazada entre Kimball y Scott-Warren. Ya en rápida sucesión fueron llegando al despacho el resto de empleados, y comenzaron a llegar los actores, vestidos normalmente de calle, sin maquillaje, cansados pero satisfechos. Nick Tremaine era más bien serio, pero tenía algo especial que le ganaba la confianza de todos. Insólitamente en él, contó un chiste, y todos se echaron a reír. Copa en mano, Trevor Baker le observaba con el ceño fruncido.

La última en llegar fue Florence Mac Donnell, con una radiante sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Todos los del teatro reunidos! Y parece que hay buen ambiente…

—¿Qué ha querido decir con eso de «todo el teatro» reunido? —preguntó secamente Baker.

—Pues que todos los que participamos en la obra estamos aquí, Trevor, naturalmente —replicó Nellie.

—No todos los que estamos aquí participamos en la obra.

—¿Cómo que no? —se desconcertó la veterana actriz.

—Hay quien sólo mueve bambalinas y enciende y apaga luces, o cuida de los lavabos y los asientos. ¿Eso es participar en una obra?

Algunos de los empleados del teatro palidecieron, y otra vez Baker provocó el silencio a su alrededor. Nick Tremaine lanzó una maldición ahogada. Nellie Dorsey estaba lívida, muda de indignación. La furia destellaba en los hermosos ojos violáceos de la pelirroja Diana Burns. Kimball había enrojecido, como contraste. Spencer miraba a Trevor Baker con esa impertinente curiosidad del escritor que ha encontrado un ejemplar humano digno de ser estudiado detenidamente.

De pronto, John dejó la copa sobre la mesa de Kimball, y murmuró:

—Gracias, han sido muy amables, señor Kimball, señor Scott-Warren… Perdonen, pero tengo que marcharme ya.

Inmediatamente, los demás empleados no actores del «Mac Tavish Theatre» comenzaron a despedirse también. Todos tenían

cosas que hacer…, a pesar de que eran más de las once de la noche. Herbert Kimball no intentó siquiera retenerlos. Bueno, de todos modos, ellos sólo habrían estado unos minutos, pero…

Cuando ya sólo quedaban los actores, Scott-Warren y Kimball en el despacho, Edgar Bottome dijo, sosegadamente:

—Llevo casi cincuenta años trabajando en el teatro, y hace casi el mismo tiempo que aprendí a respetar y agradecer la labor, de los técnicos de fuera del escenario. Hasta el más modesto puede estropear una obra.

—¡Tonterías! —exclamó despectivamente Baker.

—Recuerdo que una vez, en un estreno, un acomodador tropezó y cayó de bruces en medio del pasillo de platea. El hombre lanzó una maldición, se puso en pie, y gritó: «¡Maldita sea, he podido romperme una pierna!». El público rompió a reír, y el estreno, que era un drama, fracasó antes de empezar, porque cuando se alzó el telón y los actores comenzaron a trabajar, la gente seguía riéndose. Los actores se pusieron nerviosos, uno de ellos equivocó su texto, y el otro se quedó mirándolo con la mente en blanco. Un compañero de escena, aturdido, apuntó: «Malcom, ahora tienes que decir lo del accidente…». Bueno —el veterano actor movió la cabeza—, ¡fue un desastre!

—Voy a ver si alcanzo a John y a los otros —farfulló Kimball, poniéndose en pie, con gesto fatigado.

Salió del despacho.

—¿Para qué quiere alcanzarlos? —Se sorprendió Baker.

George Clough se quedó mirándolo fijamente.

—¿Por qué no nos da una prueba clara de su extraordinaria inteligencia adivinándolo, Trevor? —preguntó.

—Mi inteligencia no la utilizo para tonterías —replicó el guapísimo Baker—. Nick, ponme más champaña, ¿quieres?

Le tendió la copa vacía con gesto impertinente. Nick Tremaine se quedó mirando la copa; luego, miró a Baker a los ojos; por fin, parsimoniosamente, se dedicó a encender un cigarrillo.

—Me parece —deslizó risueña Florence Mac Donnell— que Nick opina que usted no es manco, Trevor, querido.

—Ya sé que a alguno le gustaría que lo fuera —replicó mordazmente Baker—, para impedirme triunfar en la vida, pero incluso manco sería el mejor actor.

—A mí no me gustaría que fuese usted manco, muchacho, de veras —dijo amablemente Leyland Waddle—: me conformaría con que fuese mudo.

—¡Pura envidia! —Rio Baker—. ¡Todos me tienen envidia, lo sé muy bien! Y es lógico. A pesar de su muy cacareada veteranía, todavía podrían aprender mucho de mí.

—Sí: a ladrar —dijo Nick Tremaine.

Trevor Baker enrojeció intensamente.

—¿Me has llamado perro? —exclamó.

—¡Ya basta, por favor! —intervino Diana Burns—. Esto es todo un gran absurdo. Tengamos la fiesta en paz.

—Querida —deslizó suavemente Baker—, acostúmbrate a hablar sólo cuando yo te autorice. Considerando nuestras relaciones…

—¿Nuestras relaciones? —Se enfureció Diana—. ¿A cuáles te refieres?

—Oh, vamos… Puesto que estás tan enamorada de mí…

—¿Enamorada de ti? —Casi gritó la pelirroja—. ¡Me gustaría saber de dónde has sacado eso! Oh, bueno, eres guapísimo, y puede que al principio me deslumbrases un poco, pero de eso a estar enamorada de ti hay todo un mundo de diferencia. Y por otra parte, aunque estuviese loca por ti no necesitaría tu autorización para hablar… ¿En qué mundo o siglo crees que estás viviendo, estúpido?

—Te has quedado sin el beso de esta noche —rio Baker.

Todos le miraban incrédulamente, excepto Tremaine, cuya expresión era más bien sombría. Diana Burns ladeó la cabeza, estuvo unos segundos mirando a Baker, y, de pronto, se acercó a Tremaine, se colgó de su cuello, y lo besó en la boca.

Y no fue un beso leve, de afecto o compromiso, sino un beso recreado, profundo, lento, mientras apretaba su hermoso cuerpo contra el de Tremaine, que permanecía como una estatua. Los demás estaban atónitos, incluido Trevor Baker, que, de pronto, enrojeció, se adelantó hacia la pareja, asió de un brazo a Diana, y la apartó de Tremaine con un fuerte tirón.

—Golfa de los demonios —jadeó.

Nick Tremaine alzó el puño derecho, y lo habría descargado contra el rostro de Trevor Baker si Spencer Scott-Warren no se lo hubiera impedido, sujetándole el brazo fuertemente.

—No, Nick —susurró—, nada de esto, por favor.

—¡Suéltame! —Se desprendió Diana enérgicamente de la mano de Baker—. ¡Y no se te ocurra volver a tocarme nunca!

—¿Qué pasa aquí? —Apareció Herbert Kimball.

—Nada importante —quiso sonreír Scott-Warren—. ¿Ha hablado con ellos, Herbert?

—Bueno, me han escuchado unos pocos segundos. En seguida me han dicho que los demás no tenemos la culpa, que no debemos preocuparnos. Son buenos muchachos…, pero se han marchado a toda prisa. Está claro que no les gusta molestar… ¡Cómo, Nellie! ¿Qué hace con una copa vacía en la mano? ¡Hay que llenarla inmediatamente!

—Gracias, Herbert —sonrió la actriz—. Pero no debo beber mucho. Me gusta tanto que a veces me excedo sin darme cuenta, y entonces…

—¡JA, JA, JA, JA, JA…! —Sonaron en aquel momento unas fortísimas carcajadas.

Capítulo II

NELLIE Dorsey se quedó con la boca abierta, en un gesto de estupefacción que fue inmediatamente secundado por todos, que miraron hacia la abierta puerta del despacho.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Florence Mac Donnell.

—Pues… unas carcajadas, ¿no? —apuntó Bottome.

—¿De quién? ¿Ha quedado alguien en el teatro, Herbert?

—No —negó el propietario—. Se han ido todos. Y desde luego no creo que…

—¡JA, JA, JA, JAAAAJAAAA…! —Sonaron de nuevo las fortísimas carcajadas.

—Evidentemente —dijo Spencer—, hay alguien en el teatro. Y parece que es un poco… bromista.

—A mí no me lo parece —se estremeció George Clough—. Son unas carcajadas siniestras. Siniestras, sí.

—Vamos, no diga tonterías —refunfuñó Tremaine—. Tiene que ser algún bromista estúpido, eso es todo. O algún chiflado que ha esperado a ver vacío el teatro para subir al escenario a sentirse actor. Ocurrió una cosa así hace un par de años, en Manchester.

—Bueno —gruñó Kimball—, sea quien sea se las va a ver conmigo. En mi teatro no consiento estupideces, así que…

—¡SALID TODOS, CERDOS! —Tronó ahora la voz—. ¡SALID, QUE LA FUNCIÓN VA A EMPEZAR! ¡JA, JA, JAAAAJAAAA, JA…!

—Pero…, ¿qué pasa? —Murmuró Trevor Baker, con voz tensa, un poco pálido su bello rostro—. ¿Queque dice?

—Le acompaño, Herbert —dijo Nick Tremaine—: tengo en este puño un golpe que esta noche ha de recibirlo alguien.

—Calma, calma —dijo Spencer—, seguramente es todo una broma. Muy tonta, pero una broma a fin de cuentas. No se

complique la vida, Nick.

—No soy yo quien se la ha complicado —replicó Tremaine—. Vamos allá, Herbert.

Salieron los dos del despacho. Diaria Burns miró irónicamente a Trevor Baker.

—¿No deberías ir con ellos, Trevor? Si surgiese alguna complicación siempre sería conveniente la ayuda de un hombre tan fuerte y valiente como tú.

Baker miró hoscamente a la muchacha, y se sirvió más champaña. Fuera del despacho no se oía ahora absolutamente nada. Y allí dentro, en lo más recóndito del teatro, el silencio era total, como de tumba. De pronto se oyó el ruido de Baker bebiendo champaña, y todos le miraron.

Pasó un minuto. Dos. Tres…

—No me gusta esto —susurró Leyland Waddle.

—Ni a mí —dijo Clough—. No sé, percibo en el ambiente algo extraño. Os digo que hay algo siniestro en esto.

—¿Se quiere callar? —respingó Florence Mac Donnell—. ¡Va a conseguir asustarnos a todos, George!

—No es esa mi intención, pero este Silencio…

—Ssst —siseó Spencer—: creo que alguien viene.

Callaron todos. Se oyeron unas pisadas, en efecto, y a los pocos segundos Nick Tremaine entró en el despacho.

—No hemos visto a nadie. Bueno, al menos yo. Y es una lástima, porque tengo ganas de partirle, la cara a alguien.

—¿Y Herbert? —preguntó el escritor.

—No sé. Nos separamos detrás del escenario, después de mirar por la platea. Yo miré por detrás. Del escenario y las tramoyas, y él dijo que iba a mirar en los dos anfiteatros. Volverá enseguida. ¡Es muy extraño todo esto!

—Muchacho, lo seguro es que hay alguien dentro del teatro, —dijo Leyland—. Desde luego, esas carcajadas no las han soltado las columnas. Deberíamos…

—¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA…!

Nellie Dorsey lanzó un gritito, y se abrazó impulsivamente a Florence Mac Donnell, que se atragantó. Leyland Waddle alzó la cabeza, como si esperase ver algo revelador en el techo. Tras el sobresalto, Tremaine mascullló:

—Será mejor que vayamos todos a reunimos con el señor Kimball. Es posible que esté en aprietos.

Todos le miraron, titubeantes. Spencer Scott-Warren fue el primero en secundar la acción de Nick, encaminándose hacia la puerta. Inmediatamente, le siguió Diana Burns, y casi al mismo tiempo los demás. Trevor Baker iba en último lugar.

Salieron del despacho, y caminaron un tanto indecisos por el pasillo, iluminado por artísticos apliques de pared. El pasillo seguía recto hacia la salida a la platea, por un lado, y se bifurcaba hacia la izquierda hacia los camerinos y la parte de atrás del escenario.

Salieron a la platea, por un lado del escenario. Tremaine señaló hacia el pasillo central, y todos pasaron por delante del escenario para dirigirse hacia allá. De espaldas al escenario, todos miraban hacia arriba, hacia los anfiteatros. En la sala no había más luz que las tenues mínimas, empotradas en las paredes. Tras ellos, el gran telón del escenario estaba bajado.

—¡Señor Kimball! —Llamó Tremaine—. ¿Está bien?

Silencio.

Silencio absoluto.

—¡Ay, Dios mío! —Gimió Florence—. ¡Dios mío, Dios mío!

—Tranquila, querida, tranquila, no pasa nada —dijo Edgar Bottome, palmeándole una mano.

—¡Herbert! —Llamó con voz tonante Spencer Scott-Warren—. ¿Se encuentra bien? ¡Herbert!

Silencio total. Las palabras del escritor retumbaron en la bien sonorizada sala, se extinguieron, y quedó sólo aquel denso silencio, Florence Mac Donnell comenzó a gemir. Trevor Baker la miró con expresión entre furiosa y asustada.

—Tenemos que subir —dijo Nick—. Spencer, nosotros…

En alguna parte se oyó un chasquido. El telón comenzó a alzarse lentamente, emitiendo leves chirridos que no se percibían cuando el teatro estaba ocupado por el público y su rumor, o por los aplausos. Era un levísimo pero perfectamente audible «chirrí-chirrí-chirrí-chirrí»…

Por supuesto, todos se volvieron hacia el escenario, mirando desconcertados la subida del telón.

Chirrí-chirrí-chirrí-chirrí…

Primero, vieron los pies.

El telón se había alzado algo más de un metro cuando vieron los pies.

Unos pies que no estaban tocando el escenario sino suspendidos sobre éste. Todavía oscilaban un poco. Aparecieron las piernas, las rodillas… Diana Burns se llevó una mano a la boca, y se mordió los dedos, mientras sus ojos se desorbitaban. Nellie Dorsey emitió un grito tremolante, sus ojos giraron en las órbitas, su rostro se desencajó, y cayó en brazos de Trevor Baker que la sujetó instintivamente, y se quedó mirando el rostro transformado por el más puro miedo.

Florence Mac Donnell ocultó el rostro tras las manos, y comenzó a sollozar. En realidad, todos habían comprendido lo que estaban viendo: las piernas de un hombre que colgaba en el centro del escenario, suspendido de las vigas que, desde la parte alta del escenario hasta el techo, sujetaban las tramoyas, los decorados, los ocasionales trucos escénicos.

El telón estaba ya casi completamente alzado, y ahora podían ver todo el cuerpo.

El cuerpo de Herbert Kimball, suspendido del cuello por medio de una cuerda. La cabeza caía hacia su hombro derecho de un modo trágico, grotesco a la vez. De pronto, se encendieron las luces delanteras del escenario, y Herbert Kimball quedó completamente iluminado. Su rostro estaba amoratado, su lengua colgaba de la hinchada boca, sus ojos casi estaban fuera de las órbitas. Sus pies estaban sueltos, pero se comprendió perfectamente que tenía las manos atadas a la espalda…

—¡Dios bendito!… —jadeó Leyland.

Diana Burns también comenzó a llorar. Bottome llevaba a la ya sollozante y ya histérica Florence hacia la primera fila de butacas, en una de las cuales la sentó, inclinándose solícito sobre ella. Nick Tremaine aspiró hondo, y murmuró:

—Trevor, ven conmigo. ¡Quizá todavía esté vivo!

—Yo… yo-yo estoy… estoy sosteniendo a Nellie —tartamudeó Baker.

—Venga usted, entonces, Spencer… ¡Deprisa! ¡Traiga una silla o una escalera!

Echaron a correr hacia un lado del escenario. A los pocos segundos apareció en éste Nick Tremaine, acercándose

decididamente al colgante cuerpo de Herbert Kimball. Abrazó sus pantorrillas y empujó hacia arriba, de modo que la cuerda se destensó, y el cuerpo de Kimball pareció a punto de caer sobre Nick.

Abajo, frente al escenario, Diana Burns, que miraba con ojos llenos de lágrimas la escena, lanzó un alarido.

—¡Nick, cuidado, va a caer…!

Pero, naturalmente, el cuerpo de Kimball conservó casi la total verticalidad, debido a la cuerda que lo sostenía por el cuello hacia el techo. A los pocos segundos apareció corriendo Spencer, portando una escalera de mano, que colocó bajo el cuerpo de Kimball.

—Yo lo sostengo —jadeó Nick—. Suba usted y vea de desanudar esa cuerda, o de cortarla con algo.

—¡No tengo nada que corte! —Casi gimió Spencer.

—Esperen un momento —les llegó desde abajo la voz de Leyland Waddle—. Creo que no deben tocar nada si Kimball está muerto. Vean si todavía tiene vida, y entonces haremos lo que sea. Pero si está muerto, no debemos tocarlo… hasta que venga la policía.

—Leyland tiene razón —dijo Clough, con voz ronca.

Spencer Scott-Warren colocó la escalera de mano adecuadamente, y subió hasta la pequeña plataforma del extremo, para darse cuenta entonces de que su cabeza había quedado más alta que la de Herbert Kimball, cuyos ojos relucían como bolas de cristal recibiendo de lleno la luz del escenario.

El escritor descendió un par de peldaños, y con mano temblorosa buscó el corazón de Herbert Kimball bajo la ropa. Luego, le tocó en un lado del cuello… Retiró la mano lentamente.

—¿Qué? —inquirió Bottome.

—Habrá que llamar a la policía —dijo con voz ronca Spencer.

Diana Burns se había sentado también en una de las butacas, y arreció en su llanto. Junto a ella, Florence Mac Donnell, ahora desatendida por Bottome, lloraba a lágrima viva, con agudos hipidos. Nellie Dorsey continuaba desvanecida, ahora colocada en una butaca, de modo que Trevor Baker, ya libre, estaba vuelto hacia el escenario, contemplando aterrado el colgante cuerpo de Herbert Kimball.

En el escenario, Spencer bajaba de la escalera, y Nick había soltado las piernas de Kimball.

—Creo —dijo Nick— que sería mejor que todos fuésemos al despacho y nos quedáramos allí hasta que venga la policía. Ayuden a las mujeres. Yo me adelanto para llamar.

Desapareció del escenario, igual que Spencer, que regresó a la platea para ayudar a los demás. Consiguieron reanimar a Nellie, que tras parpadear desconcertada volvió vivamente los ojos hacia el escenario, desorbitándolos.

—No mire, Nellie… —se interpuso Spencer—. Está muerto, ya no se puede hacer nada. Venga, tenemos que reunimos todos en el despacho. Nick está llamando a la policía. Por favor, serénese. Debemos conservar la serenidad.

Comenzaron a dirigirse hacia el despacho…

—¡JA, JA, JA, JAAJAJAAA…! ¡UNO MENOS EN LA LISTA! ¡JA, JA, JAAJAJAJAAAA…! ¡UNO MENOS, UNO MENOS!

Se detuvieron todos, agrupados, alzando la cabeza, como si pretendieran ver al propietario de la voz suspendido del techo… No se veía a nadie en parte alguna.

—Creo… creo que deberíamos… marcharnos de aquí —jadeó Trevor Baker—. ¡Y llamar desde fuera a la policía!

—Salga usted, si quiere —gruñó Spencer.

Reanudaron la marcha hacia el despacho de Kimball. Trevor quedó solo enfrente y a un lado del escenario. Se volvió a mirar el patio de butacas, vacío, oscuro. Al fondo estaba la salida. Es decir, el gran vestíbulo, luego la salida…

—Esperen —jadeó—. ¡Maldita sea, esperen!

Los alcanzó agitadísimo. Diana Burns le dirigió una mirada de desprecio, pero no dijo nada. Llegaron al despacho. Nick estaba pulsando con un dedo la horquilla, con gesto enfurecido.

—¿Qué pasa? —preguntó Clough.

—No hay línea… ¡No hay línea!

—¿Cómo que no hay línea? —Farfulló Waddle—. ¡Déjeme a mí!

Nick le miró con cierta irritación, pero le tendió el auricular. A los pocos segundos, Leyland Waddle se pasó la lengua por los labios, y se volvió a mirar a todos, que le contemplaban expectantes.

—Es cierto —susurró—: ¡no hay línea!

—La han cortado —dijo Spencer—. ¡Seguro que la han cortado!

—Pe-pero hay… hay más teléfonos en el teatro, ¿no? —Recordó Trevor Baker—. Hay uno en el escenario, y otro en las taquillas. Seguramente son de líneas diferentes.

—Es cierto —asintió Spencer—. Vaya usted mismo a llamar desde cualquiera de ellos, Trevor.

—¿Yo? ¿Yo?

Se dio cuenta de que todos estaban mirándolo, y tragó saliva. Acto seguido, captó la sarcástica expresión de Nick Tremaine.

—Bueno —dijo éste—, si tienes miedo ya iré yo, Trevor.

—¡Claro que no tengo miedo!

—Lo celebro por ti. Nos quedamos esperándote aquí.

Todos seguían mirándolo fijamente. Trevor Baker comprendió que no tenía más remedio que ir en busca de otro teléfono, ya fuese el del escenario o el de las taquillas. Por un momento pensó en sugerir que alguien podía acompañarle, pero le pareció pueril en un hombre como él. Su orgullo, finalmente, se sobrepuso a cualquier otra consideración.

—De acuerdo —les lanzó una valerosa sonrisa de escenario—. Vuelvo enseguida.

—Así lo esperamos —deslizó amablemente Bottome.

Trevor tuvo la impresión de que la aguda arista de un trozo de hielo recorría su espalda. Comprendió la verdad de repente: esperaban que pidiese la compañía de alguien, se estaban vengando de él por lo mucho que le envidiaban…

—Hasta ahora —dijo secamente.

Salió del despacho, todavía con la esperanza de que Nick u otro cualquiera se ofrecería a acompañarlo, no permitiendo que la broma-venganza fuese más allá ahora que él había demostrado su valor. Así que se detuvo unos segundos en el pasillo, esperando…, pero nadie salió tras él. Oyó el rumor de sus voces.

Muy bien, ¿qué creían que era él? ¿Un cobarde?

Caminó por el pasillo, giró a la izquierda, y se encontró detrás del escenario. Allí, entre dos de los camerinos, había un teléfono de pared. Se acercó rápidamente a él, y lo descolgó, llevando el auricular al oído.

En seguida se dio cuenta de que no había línea. No se oía nada, absolutamente nada. La línea de aquel teléfono también estaba

cortada. Inmediatamente, la lógica se impuso en su mente: ¿cabía esperar que funcionase el teléfono de las taquillas?

La respuesta era por demás obvia: claro que no, el teléfono de las taquillas también debía haber sido inutilizado. Así que podía volver al despacho de Herbert Kimball, con los demás.

Colgó el auricular, y regresó hacia el ángulo del pasillo. Pero si volvía con los demás sin haber ido a las taquillas, sería como si no hubiese hecho nada. Le mirarían con aquella ironía… Apretó los labios y bajó a la platea. El telón seguía alzado, naturalmente, y el cuerpo de Herbert Kimball continuaba suspendido.

De nuevo sintió Trevor Baker un escalofrío. ¿Quién había colgado a Kimball? ¿Por qué? ¿Quién había allí dentro además de ellos? ¿Quién era la persona que lanzaba aquellas carcajadas y que había dicho que ya eran UNO MENOS?

Casi corrió por un lado de la platea, hasta el fondo. Por una de las puertas salió al vestíbulo, dónde estaban las taquillas. Se dirigió a éstas, abrió la puerta lateral, y entró. El teléfono, aquí, era de sobremesa, instalado en el tablero donde las taquilleras trabajaban.

Se sentó en uno de los taburetes y alzó el auricular.

También aquel teléfono estaba silencioso. También la línea había sido cortada.

Colocó de nuevo lentamente el auricular en su sitio, y se quedó mirando la gran puerta del teatro, frente a él. Sólo tenía que salir de las taquillas, abrir aquella puerta, y salir. Luego podría decir que, como ningún teléfono funcionaba, había decidido salir para llamar a la policía desde el exterior.

Sí, podría decir eso…

Estaba comenzando a incorporarse del taburete cuando frente a él, al otro lado del cristal de la taquilla, apareció el rostro, de pronto.

Trevor Baker quedó sin sangre en las venas.

Su rostro quedó blanco, su boca se crispó, sus ojos se desorbitaron, en su garganta quedó como congelado un grito de espanto al ver aquel rostro.

Si es que aquello era un rostro.

En principio, lo parecía. La forma de «aquello» era la de una cabeza humana, y las facciones, en líneas generales, también parecían corresponder a una persona… Pero aquel «rostro» carecía

de cejas y pestañas, no había un solo cabello en su cabeza, las orejas estaban como carbonizadas, retorcidas, y la boca era una hendidura roja e incompleta que permitía ver algunos dientes amarillentos, mostrados como en una siniestra sonrisa helada. Uno de los ojos, rodeado de rojas cicatrices, era pequeño y negro. El otro ojo era como un enorme globo blanco, parecido a los ojos de un pescado cocido, y sobresana increíblemente de la órbita.

Trevor Baker no acertó a reaccionar. Todo lo que habría podido hacer en aquel momento era gritar, pero su garganta se había secado…, se había paralizado por el frío, más bien. Sus labios se movieron, pero no brotó de entre ellos sonido alguno.

De pronto, junto a la horrenda cabeza apareció una maza de hierro y clavos, de las que se utilizaban en funciones ambientadas en épocas medievales. La maza se movió hacia atrás y luego hacia delante, vigorosamente, y golpeó en el cristal, que milagrosamente, resistió el impacto. Pero toda la cabina retembló y crujió, pareció que dentro de ella acabase de dispararse un cañonazo.

Trevor Baker recuperó la voz, lanzando un estrangulado grito de terror, que retumbó en sus oídos como en millones de rebotes dentro de la cabina, produciéndole la sensación de impacto físico, como si el grito se hubiera convertido en algo tangible, material, que golpease en todo su cuerpo.

El horripilante ser alzó de nuevo la maza, pero de pronto dio la vuelta y desapareció corriendo de un modo grotesco hacia la izquierda de Baker, hacia el interior del teatro. Durante unos segundos, Trevor estuvo inmóvil, aterrado, sin conseguir el suficiente valor para salir de las taquillas.

Lo hizo de pronto, empujando violentamente la puerta lateral, y cruzando a toda prisa el vestíbulo hacia la puerta. ¡Al demonio todos! ¡Él iba a salir de allí inmediatamente!

Jadeando, llegó ante la gran puerta que disponía de otra más pequeña, en un lado. Asió el pomo, quiso girarlo hacia su derecha… El pomo no se movió.

Por unos instantes, Trevor Baker se sentía como si estuviera sumergiéndose en un pozo de agua helada. Sus oídos estaban ensordecidos. Probó de nuevo el pomo, dio un par de tirones… De pronto, dio la vuelta, cruzó el vestíbulo, y se lanzó hacia el patio de butacas, en el que apareció gritando, aullando, y mirando a todos

lados como enloquecido, temiendo ver aparecer junto a él al monstruo del ojo blanco.

Pero no había nadie cerca de él, no había nadie en la platea.

Solo, al fondo, en el escenario, el cuerpo de Herbert Kimball, suspendido.

—¡Nick! —gritó Baker—. ¡Nick, Spencer…!

Y echó a correr por el centro de la sala, hacia el escenario…, mientras en alguna parte, se volvían a oír las metálicas, sonoras, siniestras carcajadas:

—¡JA, JA, JAJAAAA, JAJAAAA…!

Capítulo III

EL primero en aparecer precisamente en el escenario fue Nick Tremaine, a plena luz, gritando:

—¡Trevor! ¡Trevor!, ¿qué ocurre, dónde estás…?

—¡Aquí! —aulló Baker—. ¡Aquí, en el pasillo, delante tuyo!

Por un lado del escenario apareció Spencer Scott-Warren, seguido de los demás, todos sobresaltadísimos.

—¡Trevor! —Llamó el escritor—. ¿Qué pasa?

Baker se apresuró a reunirse con todos, y comenzó a dar explicaciones sobre lo que había visto y lo que había ocurrido, pero nadie le entendía. Tremaine abandonó el escenario, se unió al grupo, y fue el que, finalmente, agarró por las solapas a Baker y lo sacudió fuertemente.

—¡Trevor! —gritó—. ¡Trevor, no te estamos entendiendo, no comprendemos nada de lo que dices! ¡Cálmate!

Trevor Baker calló de pronto, aspiró hondo, y cerró los ojos, mientras los demás cambiaban una mirada. George Clough apareció entonces por detrás de ellos, uniéndose al grupo, preguntando qué ocurría. Como algo muy lejano, Baker oyó su explicación de que había estado en los servicios, y que los gritos habían perturbado su función fisiológica.

Una explicación tan sencilla y de una actividad tan humana como la que había estado realizando, Clough tranquilizó de pronto a Trevor Baker, que volvió a aspirar hondo y susurró:

—He visto un monstruo.

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, Edgar Bottome frunció el ceño, y masculló:

—¿Qué dice?

—¡He visto un monstruo! ¡Lo he visto tan claramente cómo le

estoy viendo ahora a usted! ¡Ha pretendido matarme con una maza medieval! Yo… yo estaba dentro de las taquillas, y…

Explicó rápidamente lo ocurrido. Cuando terminó captó el desconcierto, y, todo sea dicho, la incredulidad de sus compañeros de profesión. Apretó los puños y gritó:

—¡No estoy loco, ni soy ningún visionario! ¡Os he dicho lo que he visto, lo que ha sucedido! ¡Hay un monstruo en el teatro!

—¿Cómo el fantasma de la ópera? —deslizó de mala gana Leyland.

—¡Váyase a…! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—Está bien, está bien —quiso apaciguar Spencer—. ¿Ha llamado a la policía; de todos modos?

—No. El teléfono de las taquillas no funciona, ni funciona tampoco el del escenario. ¡Y la puerta principal está cerrada!

—Bueno, eso no tiene nada de extraordinario —dijo Bottome—. Kimball debió cerrarla cuando los empleados se fueron. Todo lo que tenemos que hacer es tomar la llave de su bolsillo y abrirla. Creo que debemos salir cuanto antes, sin más complicaciones. Nick, ¿quiere traer la llave de Kimball, por favor?

—Desde luego —gruñó Tremaine—. ¡Esto ya dura demasiado!

—No la tiene —dijo Spencer.

Se quedaron mirándolo todos. Diana Burns fue la primera en comprender lo que había querido decir el escritor.

—¿La llave? —murmuró—. ¿Cree usted que el señor Kimball no tiene la llave, Spencer?

—Si damos crédito a lo que nos ha explicado Trevor, y yo le doy crédito ya sin reservas, lo lógico es que Herbert no tenga la llave.

—¿Qué quiere usted decir? —gruñó Clough.

—Pues que el monstruo no quiere que salgamos del teatro.

De nuevo se quedaron mirándolo, ahora atónitos. Leyland Waddle soltó una imprecación ahogada. Trevor Baker, que se iba reponiendo del susto, farfulló:

—Es imposible impedirnos la salida. Hay muchas: tenemos la de emergencia, las ventanas…

—Calma, calma —dijo Tremaine—. No nos precipitemos. Voy a ver si Kimball tiene la llave.

Poco después aparecía en el escenario, subía a la escalera de mano, y comenzaba a registrar los bolsillos de Herbert Kimball. El

silencio era extraordinario. Todos esperaban oír de un momento a otro el sonido de unas llaves, el clásico tintineo metálico…, pero esto no sucedió.

Desde lo alto de la escalera, Nick se volvió, y murmuró:

—No lleva encima ninguna llave. Ni siquiera las del coche. Ninguna llave…

—Por el amor de Dios. —Clamó de pronto Nellie Dorsey—, ¡tenemos que bajar a Herbert de ahí, no puedo soportar verlo así!

—Quizá tenga razón —dijo Bottome—. No creo que eso desoriente en nada a la policía. Vamos a descolgar a Kimball.

—¡Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí! —exclamó Baker.

—Lo haremos en cuanto hayamos descolgado a Kimball, no se preocupe. Creo que usted y Spencer deberían ayudar a Nick.

El escritor se dirigió enseguida hacia un lado del escenario, pero se volvió al darse cuenta de que Baker no le seguía. Se quedó mirándolo con un gesto de sorpresa. Los demás también miraban ahora a Baker, que murmuró algo y fue en pos del escritor.

Un par de minutos más tarde, ayudados también por George Clough, descolgaban el cuerpo de Herbert Kimball…, y todos respingaron cuando Baker exclamó:

—¡Está vivo! ¡He notado un latido, está vivo…!

Spencer Scott-Warren se apresuró a colocar la cabeza sobre el pecho de Kimball, y todos suspendieron el aliento esperando la confirmación de las palabras de Baker. Pero, tras larga auscultación, el escritor alzó la cabeza, y la movió negativamente.

—Está usted demasiado nervioso, Trevor —murmuró—. Bueno, vamos a colocarlo en el sofá, de momento. Ayúdeme, Nick.

—Pues yo juraría… —murmuró Baker.

No le hicieron caso. Spencer y Nick colocaron el cuerpo de Kimball en el sofá que formaba parte de la decoración del último acto de «El jardín sin flores». El decorado del fondo figuraba un amplio ventanal por el que se veía el jardín.

—Bien —dijo Spencer—, creo que ahora sí debemos buscar el modo de salir de aquí. Por si acaso Trevor se hubiera equivocado, lo primero que haremos será echar un vistazo a la puerta principal. Quizá no esté cerrada…

La puerta principal estaba cerrada.

Las dos de emergencia.

Todas las ventanas.

Todo cerrado, y, además, de tal modo que desde dentro no se podía abrir nada. Durante quince minutos estuvieron recorriendo el teatro todos juntos, buscando una salida, es decir, una salida que no estuviera bloqueada. Estuvieron incluso en los dos anfiteatros… Todo estaba cerrado de tal modo que desde dentro no podía ser abierto, a menos que se recurriese a métodos violentos, como los que propuso Nick Tremaine.

—Tenemos en utillaje cosas que pueden servirnos para ello. Por ejemplo, una maza como la que dice Trevor que tema el monstruo. O más cosas, como espadas, atizadores de fuego, palanquetas… ¡Algo encontraremos!

—Se me ocurre algo —dijo de pronto Waddle—: ¿por qué no utilizamos los dispositivos de los bomberos? Sólo tenemos que romper el cristal del sistema de llamada, y la alarma sonará, de modo que tendremos aquí a los bomberos en pocos minutos. Ellos nos sacarán del teatro fácilmente.

La idea fue acogida con entusiasmo, y todos corrieron hacia una de las instalaciones contra incendios. Pero todavía no habían alcanzado ninguna cuando de nuevo se oyeron las carcajadas retumbando en todo el teatro.

—¡JA, JA, JA, JA, JAAAAJAJAAAA…! ¡ESTÁIS PERDIENDO EL TIEMPO! ¡NINGÚN SISTEMA FUNCIONA! ¡JA, JA, JAAAAA…! ¡MIRAD AL ESCENARIO!

Las miradas de todos fueron hacia el escenario.

Nellie y Florence emitieron un gemido, y se llevaron las manos al rostro.

—¡Oh, Dios mío! —Tembló la voz de Diana Burns.

El cuerpo de Herbert Kimball estaba de nuevo suspendido del cuello, en el centro del escenario, todavía balanceándose.

—Pero… ¿qué es todo esto? —Jadeó Waddle—. ¿Qué demonios significa todo esto, con qué clase de loco…?

—¡JA, JA, JAAA…! ¡NO PERDÁIS MÁS TIEMPO INTENTANDO SALIR! ¡NO SALDRÉIS HASTA QUE HAYÁIS LLEVADO A CABO LA EJECUCIÓN!

La voz retumbaba en todo el teatro, pero nadie parecía que pudiese localizar el lugar de su procedencia.

—¿Qué ha dicho? —Murmuró Clough—. ¿Qué ha dicho de una ejecución?

Nadie contestó. Todos habían entendido perfectamente las palabras, pero nadie podía comprender qué significaban. ¿Una ejecución? No comprendían nada.

—¿Quién es usted? —Alzó la voz Spencer, tensa—. ¿Dónde está, qué se propone?

—¡NADIE SALDRÁ DE AQUÍ HASTA QUE HAYÁIS EJECUTADO A LOS ASESINOS! ¡NADIE SALDRÁ!

—¿A qué ejecución se refiere? —Preguntó Spencer, siempre en voz alta y clara—. ¿De qué asesinos habla?

—¡HAY ASESINOS ENTRE VOSOTROS, Y TIENEN QUE MORIR!

—¿Está loco? —Saltó Clough—. ¡Aquí no hay más asesino que usted! ¡Y como le pongamos la mano encima…!

—¿TE ATREVES A AMENAZARME? ¿TÚ, QUE FUISTE UNO DE LOS ASESINOS DEL TEATRO ARLINGTON, DE LIVERPOOL? ¿TÚ?

Las miradas de todos convergieron en George Clough, que había quedado como paralizado, desencajado el rostro. En sus ojos todos vieron la expresión de sobresaltado recuerdo…, de espanto y de incredulidad a la vez.

Se había hecho tal silencio que el chasquido fue claramente oído en toda la sala.

PLOP, sonó el disparo efectuado con silenciador.

George Clough lanzó un alarido, se estremeció, y al mismo tiempo retrocedió, llevándose las manos al pecho. Durante un par de segundos, tras detenerse, estuvo como aturdido, desorbitados los ojos, clavados sus dedos en el pecho, por encima de la camisa y los bordes de las solapas de la chaqueta.

De pronto, retiró las manos del pecho, y se las miró, como estupefacto.

En el pecho había quedado, una gran mancha roja, y por entre los dedos de ambas manos de George Clough se deslizaban rojos chorros de líquido viscoso.

Nellie Dorsey gimió, y se desmayó de nuevo, en brazos de Spencer Scott-Warren esta vez. Florence Mac Donnell se llevó una mano a la frente, se tambaleó… Leyland Waddle se apresuró a sostenerla por la cintura.

Un ronco suspiro brotó de la crispada boca de George Clough, que, acto seguido, se desplomó, sin que nadie pudiera evitar su caída. Quedó tendido cara al techo, con los ojos abiertos, las manos

con las palmas vueltas hacia arriba, como en una sangrienta exhibición. Nick Tremaine lanzó una ahogada exclamación, y se apresuró, reaccionando, a inclinarse sobre Clough, en cuyas carótidas buscó un signo de vida, un latido…

Alzó la cabeza.

—Está muerto —dijo con voz tensa, aguda—. ¡Está muerto!

—Le… le han disparado con una pistola con silenciador —dijo Spencer—. ¡Y nosotros no tenemos ninguna!

—Tenemos que marcharnos —jadeó Trevor Baker—. ¡Tenemos que salir de aquí sea como sea!

Florence y Diana estaban sollozando. Edgar Bottome miraba con incredulidad el yacente cuerpo de su viejo compañero de profesión, tendido en el suelo con el pecho lleno de sangre…

—QUIERO QUE TODOS SUBÁIS AL ESCENARIO —sonó de pronto la voz—. ¡QUIERO QUE TODOS ESTÉIS AHÍ, DONDE YO PUEDA VEROS EN TODO MOMENTO! ¡Y QUIERO QUE LO HAGÁIS AHORA, O MATARE A OTRO DE VOSOTROS!

Trevor Baker soltó un respingo, y comenzó a caminar rápidamente hacia el escenario…

—¡Trevor! —Llamó furiosamente Nick—. ¿Qué haces? ¡Ayúdame a colocar a Clough en algún sitio más…!

—¡Está muerto! —Chilló Baker—. ¡Ya está muerto, ¿no es así?! ¡Dejémoslo donde está, y vamos todos al escenario!

—Si hacemos eso —deslizó quedamente Bottome— estaremos donde él quiere, es decir, todos bien a la vista y al alcance de esa pistola o rifle, Trevor. ¡Eso es lo que quiere, tenernos a tiro en todo momento!

—¡No a mí! —Vociferó Baker—. ¡Fuese lo que fuese lo que ocurrió en el teatro Arlington yo no tuve nada que ver, ni siquiera sé de qué teatro se trata, ni dónde está…! ¡Yo no tengo nada que temer, así que voy a hacer lo que él dice!

Se encaminó decididamente hacia el escenario. Nick Tremaine estuvo unos segundos mirando a su espalda. Luego, arrastró el cuerpo de George Clough hasta colocarlo entre dos filas de butacas, de modo que dejaba libre el pasillo.

—En mi opinión —murmuró Spencer Scott-Warren— debemos ir todos al escenario.

Nadie replicó. Spencer cargó con la desvanecida Nellie, y se fue

en pos de Baker. Leyland Waddle le siguió, ayudando a caminar a Florence Mac Donnell. Edgar Bottome titubeó, pero acabó por hacer lo mismo, mientras Nick tomaba de un brazo a Diana.

—Vamos con ellos —dijo.

Pocos segundos más tarde, todos estaban en el escenario, las mujeres sentadas en el mobiliario de la obra «El jardín sin flores», evitando mirar el cuerpo suspendido de Herbert Kimball, los hombres mirando hacia la platea; en vano, porque las luces del escenario se proyectaban sobre ellos, cegándolos. Igual que cuando actuaban: frente a ellos apenas veían, entonces, unas vagas sombras. Ahora, todo era aún más sencillo: no había nada que ver en la platea, porque el teatro estaba vacío.

Spencer Scott-Warren se adelantó unos pasos.

—Ya estamos aquí —dijo—. ¿Y ahora?

No hubo respuesta alguna. Estuvieron esperando en vano más de un minuto antes de convencerse de que, por el momento, la conversación con el monstruo había terminado.

Nellie Dorsey se había recuperado ya y, al ver el cuerpo suspendido de Kimball, lanzó una exclamación y pareció a punto de desmayarse de nuevo. Nick Tremaine soltó un gruñido, le hizo una seña a Spencer y, entre ambos, ayudados pronto por Waddle, procedieron a descolgar de nuevo a Kimball.

—Vamos a sacarlo de aquí —dijo Tremaine—, fuera de la vista de Nellie, o va a estar desmayándose sin parar.

—Podríamos llevarlo a uno de los camerinos —sugirió Leyland Waddle.

—Buena idea —aprobó Nick—. Vamos allá.

Entre los tres sacaron el cuerpo del escenario y reaparecieron un minuto más tarde. Nick fue a sentarse junto a Diana, le tomó una mano, y le sonrió. La muchacha correspondió a la sonrisa, aunque un tanto forzadamente.

—Es absurdo que permanezcamos aquí —dijo de pronto Edgar Bottome, con voz crispada—. ¡Tenemos que salir como sea! Incluso podríamos prender fuego a una parte del teatro para que alguien lo viese desde el exterior y llamase a los bomberos, que derribarían fácilmente la puerta…

—No se precipite, Bottome —le miró fijamente Nick—. Todos sabemos que, si intentamos eso, el monstruo comenzará a disparar

contra nosotros. Y, por primera vez desde que conozco a Trevor, estoy de acuerdo con él: que se preocupe quien tenga que preocuparse, no los que no sabemos nada de eso del teatro Arlington. ¿Sabe usted algo de eso?

—No… Claro que no.

—Yo sí —dijo de pronto Spencer Scott-Warren.

Capítulo IV

TODAS las miradas quedaron fijas en el escritor.

—Muy bien —dijo Nick—. ¿Qué pasa con ese teatro, de qué asesinos ha hablado el monstruo de Trevor?

—¡Oye…! —Respingó Baker—. ¡No es mi monstruo!

—Nadie lo ha visto más que tú —replicó adustamente Nick.

—¡Pero todos lo habéis oído! ¿Qué demonios estás tratando de decir?

—En mi opinión —deslizó suavemente Spencer—, estamos dando a esta situación un giro inadecuado. Discutir entre nosotros me parece de lo más absurdo. Creo que deberíamos ceñirnos a la realidad… O mejor dicho: a las realidades.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó Diana—. ¿A qué realidades se refiere, así, en plural?

—En primer lugar, es obvio que estamos encerrados en el teatro con alguien que, loco o no, monstruo o no, se ha propuesto llevar a cabo una venganza por algo que sucedió en el teatro Arlington, de Liverpool, hace tiempo…, y que pronto explicaré. En segundo lugar, el monstruo ha cometido ya dos asesinatos, cabe suponer que como parte de su venganza, y, evidentemente, está dispuesto a llevar esta venganza hasta el final. De modo que llegamos a la conclusión de que estamos encerrados con varios asesinos. Uno de ellos, el monstruo, que ha matado ya a dos personas. Otro u otros, las personas que tuvieron algo que ver con lo del teatro Arlington; personas a las que, a su vez, el monstruo considera unas asesinas. Está claro que dos de esas personas, ya… ejecutadas, fueron Herbert Kimball y George Clough. Y aún quedan más. No es una situación como para discutir entre nosotros, ¿verdad?

Hubo unos segundos de silencio. Luego, tras mirarse unos a

otros recelosamente, Nick preguntó:

—¿Qué ocurrió en ese teatro Arlington?

—No es demasiado complicado de explicar. Se estaba representando una función cuando se prendió fuego en el teatro. Hubo algunas víctimas entre el público, pero, sobre todo, entre los actores que estaban trabajando en el escenario. Al parecer el fuego partió de allí, y se extendió rápidamente. Tan rápidamente que luego algunas investigaciones apuntaron la muy admisible probabilidad de que el fuego había sido provocado intencionadamente. No recuerdo exactamente cuántas víctimas hubo entre el público, aunque recuerdo que fueron muy pocas, dos o tres; me refiero, claro está, a las que murieron, no cuento las que resultaron heridas y que pronto se restablecieron.

—¿Cuántos actores murieron? —murmuró Baker.

—Bueno… No es seguro.

—¿Cómo que no es seguro?

Spencer Scott-Warren quedó pensativo. Reaccionó, encendió un cigarrillo, y volvió a quedar pensativo. De pronto, alzó la mirada, dejando de contemplar el suelo.

—El número de actores que se echó de menos cuando el fuego fue controlado fue de tres. Sin embargo, sólo fueron hallados dos cadáveres entre las cenizas.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Nick.

—Se aceptó la posibilidad de que el tercer actor que no pudo ser hallado había sido completamente consumido por el fuego…

—¡Eso es imposible! —Respingó Baker—. ¡Siempre queda algo, aunque sólo sea el cráneo, cualquier hueso…! A menos que un cadáver sea introducido en un horno, o en un crematorio especializado. ¿Acaso fue tan terrible el fuego del teatro Arlington?

—Fue considerable y terrible, sí, pero no sé si hasta el punto de consumir un cadáver tan completamente que no se hallara el menor rastro de él.

—Se diría —deslizó lentamente Nick Tremaine— que ese actor cuyo cadáver no fue hallado no estaba allí, simplemente. Quiero decir que el actor que se echó de menos tras el recuento final de víctimas no estaba entre éstas.

—¿Quieres decir… que escapó del teatro? —Lo miraba Diana Burns con los ojos muy abiertos.

—Así parece. Escapó…, pero no precisamente en muy buenas condiciones, a juzgar por la descripción que Trevor nos ha hecho del monstruo.

—O sea, que según tú —masculló Trevor Baker—, el actor cuyo cadáver no fue hallado consiguió escapar de la muerte, pero gravísimamente dañado por el fuego…, y ahora está aquí, en este teatro, dispuesto a vengarse de quienes él considera culpables de aquel incendio.

—Podría ser. ¿Qué le parece, Spencer?

—Sí, podría ser —admitió el escritor—. Yo diría que es todo demasiado fantástico, pero… posible.

—Pues a mí me parece todo inadmisible —refunfuñó Baker—. Si algún hombre escapó del fuego, alguien debió verlo, incluso recogerlo en algún sitio, y llevarlo a un hospital. Tarde o temprano debió saberse quién era y que había escapado del fuego del teatro Arlington. Nadie recoge a un herido de tanta consideración y se lo lleva a su casa como si tal cosa, para curarlo en secreto y todo eso… ¡Es absurdo! Pero aun así, supongamos que eso sucedió, hay otra cuestión: ¿cómo entró en este teatro esta noche ese hombre? Porque dudo mucho que fuese a la taquilla por una entrada. Yo lo he visto, y sé que si una de las taquilleras lo hubiese visto se habría desmayado, y se habría armado un revuelo terrible en el vestíbulo. Así que ese hombre no pudo entrar de ninguna manera digamos… normal. ¡Con esa cara…! —Se estremeció.

—Usted está olvidando algo —dijo Spencer—: ese hombre es un actor, así que debe conocer muy bien cómo utilizar toda clase de maquillajes. Bien pudo maquillarse de algún modo que disimulara ese rostro que usted vio:

—Todo es demasiado fantástico —gruñó Trevor Baker.

—¿Cómo se llamaba ese actor que desapareció en el fuego? —preguntó Diana.

—Malcom Griffin, si no recuerdo mal.

—Lo que quiere decir —dijo Baker— que el monstruo que yo he visto se llama Malcom Griffin, ¿no?

—Es una explicación plausible, Trevor —asintió Spencer Scott-Warren.

—Ya. ¿Y qué me dice de los… asesinos? Quiero decir, los del teatro Arlington. ¿Quiénes son? Según parece, dos de ellos fueron

Herbert Kimball y George Clough. ¿Quiénes más?

—No sé. Para saberlo tendríamos que enterarnos de cuáles de nosotros tuvo algo que ver hace casi tres años con el teatro Arlington de Liverpool. Parece evidente que algunos de nosotros estuvo allí, y, de un modo u otro, tuvo algo que ver con el incendio.

—Yo no, desde luego —negó Baker.

—Yo tampoco —negó a su vez el escritor—. Lo que sí recuerdo es que hubo un largo pleito entre el propietario del teatro y la compañía de seguros, y una larga investigación…

—¿Quién era el propietario del teatro? —se interesó Trevor Baker.

—Bueno…

—¿Quién? —exigió el actor.

—Si no recuerdo mal era… Herbert Kimball.

De nuevo quedó el silencio como dueño y señor del escenario. Por fin, Trevor Baker murmuró:

—Y podría ser que George Clough estuviera trabajando en la obra que representaba, y que fuese él, quizá ayudado por el propio Herbert Kimball, quien prendiese fuego al teatro, ¿no es así?

—No sé. En todo caso, tuvieron que ser más, ya que puesto que ambos han muerto, el monstruo se daría por satisfecho si sólo hubieran sido ellos dos.

—Lo que significa —susurró Nick Tremaine— que tenemos entre nosotros un incendiario. O a varios.

—¿Sólo hombres? —Gruñó Bottome—. ¿Las mujeres no?

—Ah… ¿Por qué no? —Alzó las cejas Spencer—. Cualquier persona que estuviera aquella noche en el teatro Arlington pudo tener algo que ver con lo sucedido. Y teniendo en cuenta las consecuencias del incendio se puede decir que son no sólo incendiarios, sino asesinos…, o cuando menos, homicidas.

—Pues me gustaría saber quiénes son —dijo secamente Nick.

Otra vez el silencio. Spencer Scott-Warren se acercó a la mesita de centro del gran salón montado en el escenario, y apagó el cigarrillo. Luego, fue mirando uno a uno a los presentes, pero nadie reaccionó en sentido alguno.

Un destello como divertido, pero visiblemente frío, pasó por los inteligentes ojos del escritor.

—Al parecer, no vamos a encontrar sinceridad entre nosotros,

damas y caballeros. Y me parece lógico, habida cuenta de que el monstruo nos ha elegido a los no culpables como… ejecutores de los culpables.

—Ese hombre está loco —jadeó Florence Mac Donnell.

—Es posible. Pero sus intenciones son bien claras. Primero ha matado a dos de nosotros para convencernos de que es perfectamente capaz de matarnos a todos. Pero, según parece, prefiere que seamos los inocentes en el asunto del teatro Arlington los que terminemos su venganza, matando a los culpables que todavía están vivos…, aquí, en este grupo. Hasta ahora, parece que ni Trevor ni yo estuvimos en…

—¿Por qué hemos de creerles? —Saltó Leyland Waddle.

—¿Qué?

—¿Por qué demonios hemos de creer lo que digan usted y Trevor? Pueden perfectamente estar mintiendo, ¿no es cierto? Si nos pregunta uno a uno verá como todos negamos haber estado en el teatro Arlington aquella noche. Y si todos lo negamos…, ¿por qué hemos de creerles a usted y a Trevor y a los demás no?

—¡Exactamente! —Saltó Florence Mac Donnell—. ¡Pudo ser cualquiera de nosotros!

—De acuerdo —encogió los hombros Spencer—. De los que estamos ahora en el escenario sólo los culpables saben que fueron ellos los que tomaron parte en aquello. Los demás no podemos, saberlo…, pero el monstruo sí lo sabe. Y es de suponer que tarde o temprano nos lo dirá.

—¿Qué ganaremos con ello? —murmuró Bottome—. Supongamos que el monstruo dice que fuimos Nellie y yo: ¿Acaso los demás serían capaces de matarnos a Nellie y a mí? Florence tiene razón: ¡ese tipo está loco!

—Puede —intervino Trevor Baker—. Puede que esté loco, sí, pero ciertamente no es tonto.

—¿Qué quiere decir?

—Me estoy preguntando cómo puede estar él dentro del teatro si todas las salidas, incluidas las ventanas de los pisos altos, están cerradas y reforzadas por fuera. En una novela policíaca al final obtendríamos una explicación más o menos peregrina del asunto, pero no estamos viviendo una novela policíaca, ¿verdad? Si todo está cerrado por fuera, no puede ser el monstruo quien lo haya

hecho, ya que si lo hubiera hecho… ¿cómo habría entrado luego? Y si estaba dentro, ¿cómo pudo cerrarlo todo por fuera?

Cundió el estupor en el grupo. Spencer Scott-Warren fue el primero en comprender el sentido exacto de las palabras de Trevor Baker.

—¿Quiere decir que alguien de este grupo, alguno de nosotros, está ayudando al monstruo? ¿Es eso, Trevor?

—Yo sólo constato un hecho lógico. Pero quizá usted, con su fértil imaginación, pueda encontrar otra explicación. Vamos a dar por aceptado y sentado todo lo que se ha dicho hasta ahora sobre los antecedentes de este asunto: lo del incendio provocado, la huida misteriosa del actor Malcom Griffin que suponemos es el monstruo, su curación secreta, sus deseos de venganza privada en lugar de acudir a la policía en cuanto estuvo en condiciones de hacerlo… Vamos a dar por aceptado qué durante tres años el odio se ha ido acumulando en el actor Malcom Griffin, convertido por culpa de aquel incendio en un ser auténticamente monstruoso. Vamos a admitir: también que, maquillado o disfrazado, o camuflado de algún modo, Malcom Griffin ha podido entrar en el teatro esta noche, que ha disparado con un arma provista de silenciador contra George Clough, matándolo; que pudo golpear a Herbert Kimball cuando éste salió en su busca, aturdiéndolo, y también, claro, que pudo colgarlo, y volverlo a colgar mientras nosotros buscábamos una salida expedita… Todo aceptado, de acuerdo. Pero… ¿cómo puede estar dentro si todo está cerrado por fuera? Y por favor, Spencer, si responde algo, que tenga lógica. Una lógica real, no literaria, de novela policíaca. ¿Alguien tiene alguna respuesta?

Tras unos segundos de silencio, Spencer murmuró:

—Sólo puede haber una.

—¿Cuál?

—Que alguien le ha estado ayudando desde fuera…

Espero que esta respuesta le parezca real, Trevor.

—Sin duda alguna. Ya tenemos, pues, que el monstruo dispone de ayuda en el exterior. ¿Qué les sugiere esto?

—¿Qué le sugiere a usted? —gruñó Bottome.

—Me sugiere que si salimos del teatro esa persona o personas que están ayudando al monstruo nos estarán esperando…, y supongo que no con buenas intenciones. Lo que significa, a mi

entender, que no saldremos con garantías de vida de este teatro hasta que el monstruo haya conseguido su objetivo u objetivos, esto es, la muerte de todos los que tuvieron algo que ver con el incendio del teatro Arlington de Liverpool. Pero aún hay más: ¿Por qué sólo tener ayuda fuera del teatro?

Todas las miradas estaban fijas en Trevor Baker, cuya lucidez de pensamiento, en aquellos momentos, no podía ser discutida. Era como si su mente hubiera comenzado a sumar de pronto todos los factores hasta obtener un resultado indiscutible.

—Supongo —masculló Nick Tremaine— que te das cuenta de lo que dices, Trevor.

—Naturalmente. No puede estar más claro: creo que además de, disponer de ayuda en el exterior dispone también de ayuda en el interior, aquí dentro. Y aquí dentro sólo estamos nosotros, No queda ningún empleado, sólo nosotros, los actores. Y todos los que quedamos con vida, estamos aquí, en el escenario, mirándonos unos a otros… ¿Por qué no aceptar que uno de nosotros es amigo de Malcom Griffin…, y que le está ayudando?

—Malcom Griffin —deslizó quedamente Edgar Bottome— tenía entonces unos cincuenta años, así que presiento que usted quiere que se reduzca el número de sospechosos como amigos suyos. Teniendo en cuenta la edad de usted, Diana y Nick, y hasta Spencer, quedarían descartados como amigos de Malcom Griffin.

De modo que sólo quedaríamos Nellie, Florence, Leyland y yo.

—De los cuales —apuntó Spencer—, dos o tres pudieron tener algo que ver con el incendio y el otro u otros ser los amigos de Malcom Griffin.

—¿Y eso por qué? —Frunció el ceño Nick Tremaine—. ¿Por qué yo no podía ser amigo de Malcom Griffin, o Diana, o Trevor…? ¿Acaso no lo somos ahora de ustedes, que son mayores? Pues lo mismo podríamos haberlo sido entonces de Malcom Griffin, ¿no? A fin de cuentas, sólo hace tres años de aquello, y para entonces todos estábamos ya trabajando en los escenarios, no éramos unos bebés.

—Tiene razón —asintió Spencer—. Aparte de que alguno de nosotros podría ser familiar de Malcom Griffin.

—¡Cómo familiar…! —respingó Diana Burns.

—¿Por qué no? —La miró sonriente el escritor—. Usted misma, por ejemplo, Diana, puede ser… sobrina de Malcom Griffin. O

podría serlo yo, o Trevor, o Nick.

—Según se desprende de todo esto, hay aquí, en este grupo, uno o varios homicidas y alguien que está de parte del monstruo para vengar aquellos homicidios de un modo muy… peculiar: utilizando como verdugos a los que no intervinieron en el incendio. Con lo que, si esto sigue adelante, cuando esta… función acabe todos seríamos homicidas. Unos, por lo del teatro Arlington; otros, por haber ejecutado a los que hicieron aquello…

—No está hablando en serio, ¿verdad? —gimió Nellie Dorsey—. ¡Ni por un instante habrá creído usted que vamos a matarnos unos a otros en este escenario, Nick!

—La cuestión es bastante simple en este sentido —dijo Nick Tremaine—: o complacemos al monstruo, o él nos irá matando a todos, a su modo y comodidad, para terminar esta función a su gusto. Creo que esto podemos comprenderlo todos muy bien, ¿no es cierto? Realmente, sólo hay dos alternativas. Una: que sean ejecutados los restantes culpables del incendio del teatro Arlington, con lo cual el monstruo queda complacido…, y los ejecutores convertidos en asesinos. Dos: que nos neguemos a complacerle, lo que daría lugar a que él nos fuese matando a todos uno a uno o en masa. Quizá, incluso, se le ocurra incendiar el teatro. Sería… una interesante y lógica venganza, ¿no les parece?

Nadie contestó.

Es decir, no con palabras o gestos.

Pero sí hubo una respuesta a las últimas palabras de Nick Tremaine. Una respuesta que no llegó del escenario, sino del patio, de butacas, en forma de aplausos, que chascaron sonoramente, acompañados de una voz.

—¡BRAVO! ¡BRAVO, MUY BIEN, PERFECTO…! ¡LO ESTOY PASANDO MUY BIEN! ¡QUE SIGA LA FUNCIÓN!

Capítulo V

EN el escenario todos habían quedado inmóviles.

Transcurridos unos segundos, cuando ya no se oía la voz, pero sí seguían sonando los aplausos, todos volvieron la cabeza hacia el patio de butacas, en dirección adonde seguían sonando los aplausos solitarios.

Allá, en el centro de la platea, distinguieron una forma ocupando una de las butacas cercanas al pasillo. Captaron los movimientos de sus brazos, situaron allá las sonoras palmadas.

La sombra que ocupaba una butaca se puso en pie, siempre aplaudiendo, y salió al pasillo.

Nick Tremaine masculló algo, se puso en pie, y se dirigió a un lado del escenario. Allá, fuera del alcance visual del público, había varios focos de pie, móviles, que se utilizaban en ocasiones para iluminaciones auxiliares. Sin dudarlo un instante Tremaine empujó ese foco hacia el escenario, acercándolo sobre su base de ruedas al borde, donde estaban las luces que, iluminándolos de lleno a ellos, les impedía ver bien la platea.

Pero, evidentemente, Nick Tremaine estaba ya harto de aquella situación.

Apuntó el foco hacia el pasillo central y accionó el interruptor instalado en el mismo foco.

El poderoso haz de luz se proyectó como algo tangible, trazando un largo cono dorado que se quebró al llegar a la figura que ocupaba el pasillo, y que caminaba hacia el escenario. La figura se detuvo en seco, y sus brazos subieron para proteger el rostro de la luz, tan intensa y directa que por fuerza debía lastimarle los ojos.

Es decir, el ojo. Sólo uno, pues según la descripción que Trevor Baker había hecho del monstruo, el otro ojo era como, una bola de

ping-pong, como el ojo hervido de un pez enorme…

—¡Apaguen eso! —Sonó, sorprendentemente más apagada la voz del personaje del pasillo.

Hubo un sorprendido cambio de miradas entre los actores que ocupaban el escenario. ¿Qué le había pasado a la voz del monstruo? Hasta entonces había sonado metálica, fuerte, poderosa…, y ahora sonaba baja, débil, como rota…, como astillada. Pero audible, ciertamente.

—¡Les digo que apaguen ese foco! —ordenó otra vez con su nueva y sorprendente voz el monstruo.

Nick Tremaine aspiró hondo y replicó:

—No pienso hacerlo. Venga usted aquí, dé la cara, y hablaremos con cordura de este asunto. Queremos saber si es usted Malcom Griffin… ¡Y le advierto que la broma ha durado ya demasiado!

Cuando Nick termino de hablar, con su tonante y clara voz de buen actor, quedó flotando un tenso silencio. Pareció que el monstruo ni siquiera le había oído, tal era su inmovilidad y nula reacción. Pero, de pronto, reemprendió la marcha hacia el escenario, mientras bajaba sus brazos.

Caminaba dando bandazos de un lado a otro, como si tuviera una pierna más corta que otra, y su cuerpo se encorvaba en una postura trágica y siniestra a la vez.

Y la luz le daba de lleno en el rostro.

Un rostro que Trevor Baker había descrito con toda exactitud.

Al verlo, Florence Mac Donnell, que se había puesto lentamente en pie, como un muñeco accionado por mandos a distancia, abrió la boca, sus labios temblaron, y, de pronto, comenzó a gritar. Un grito agudo, largo, tremolante, de una histeria enloquecedora, que llenó el ámbito de la sala.

Diana Burns se llevó las manos a las orejas, protegiéndolas de aquel grito penetrante, de unas vibraciones increíbles, alucinantes.

—¡Cállese! —Gritó también al borde de la histeria—. ¡Por el amor de Dios, cállese, cállese, cállese…!

Pero Florence Mac Donnell no callaba. Seguía gritando, gritando, gritando…, mientras Nellie Dorsey, inmóvil, casi desorbitados los ojos, parecía una estatua. Igual que los demás, que contemplaban con espantada incredulidad aquellas facciones cruelmente iluminadas.

Spencer Scott-Warren reaccionó de pronto, acercándose a Florence y aplicándole una sonora bofetada que hizo tambalear a la actriz al tiempo que su grito se cortaba. Spencer la sujetó, abrazándola contra su pecho suavemente.

—Lo siento —tartamudeó—. Florence, lo siento, lo siento…

Florence Mac Donnell rompió a llorar, agudamente, pero ya sin aquella electrizante histeria que había puesto de punta los nervios de todos.

—No deje que se acerque —sollozó—. ¡Por Dios, no deje que se acerque, no se lo permita…!

—¿Qué te pasa, Flo? —preguntó el monstruo, deteniéndose—. ¿Me has reconocido… a pesar de mi estado actual?

Su voz volvía a ser clara, fuerte, tenante, metalizada… Y entonces todos vieron aquel objeto que el monstruo se colocaba ante la boca, una especie de tubo cónico que, sin duda, era un pequeño megáfono a pilas, un altavoz, de unas diez pulgadas de longitud.

Florence Mac Donnell arreció en su llanto, agarrándose desesperadamente al escritor, buscando la protección de sus brazos y su cuerpo. Nellie Dorsey parecía ahora una patética muñeca incapaz de reacción alguna.

—Malcom —susurró Leyland Waddle—. ¿Eres tú, Malcom?

—¡Ah! —Chilló el monstruo—. ¿Tú también me has reconocido, miserable asesino? ¡Pues tanto mejor, así comprenderéis todos que esto no es ninguna broma! Díselo, Leyland… ¡Diles a todos que no es ninguna broma, diles que los dos asesinos que quedáis vivos sois Florence y tú! ¡Confiesa tu crimen delante de todos!

El monstruo se había detenido a unos cinco o seis metros del borde del escenario, siempre iluminado de lleno por el foco. Su aspecto era horrendo, alucinante. Diana Burns, que había mirado con sobresalto a Leyland Waddle, emitió un sollozo, y escondió el rostro entre las manos. Nellie Dorsey seguía sin reaccionar.

—¿Qué pasa Leyland? ¿No quieres confesarlo? ¡Muy bien, lo hará Florence! ¡Florence, diles a todos lo que hicisteis aquella noche en el teatro Arlington entre vosotros cuatro, diles lo que hicisteis después de planearlo a la perfección! ¡QUIERO QUE LES DIGAS LO QUE HICISTEIS AQUELLA NOCHE!

Nick Tremaine se apartó de detrás del foco, acercándose al

borde del escenario.

—Escuche, señor Griffin —murmuró—, todo esto…

—¡Usted se calla! —aulló el monstruo.

Tremaine se pasó la lengua por los labios.

—Seamos razonables —insistió, con voz tensa—. Esto que usted está haciendo es horrible. ¡Es criminal! No sólo ha matado ya a dos personas, sino que sus propósitos, desde el principio, son inhumanos. Si lo que dice es cierto, si todo lo que ahora sabemos es cierto, hay que solucionarlo de otro modo…

—¿De qué modo? —graznó el monstruo.

—Poniendo en conocimiento de la policía…

—¡No! ¡Nada de policía! ¡No quiero condenas de unos pocos años, ni siquiera cadena perpetua, ni nada de eso! ¡Quiero que todos los que hicieron aquello mueran…, y de un modo horrible! ¡Y ustedes harán la parte final, la representarán para mí, harán esa función… para un solo espectador! ¡Mátenlos!

Spencer Scott-Warren, que había depositado a Florence Mac Donnell en un sillón, se unió a Tremaine en el borde del escenario.

—No haremos nada de eso —dijo con voz firme—. Mire, señor Griffin, hay cosas que no se pueden hacer. Una de ellas es lo que sucedió en el teatro Arlington, de acuerdo. Pero otra cosa que no se puede hacer es tomarse la justicia por la propia mano… y de este modo. Así que, por favor, sea razonable: suba aquí, y arreglaremos el asunto de un modo… humano, y legal.

—No… ¡Y les advierto que van a morir todos si no me complacen, si no matan a Leyland y a Florence, que son los dos que faltan! ¡Podría matarlos yo, pero quiero que lo hagan ustedes, quiero presenciarlo en el escenario, quiero ver las muertes auténticas de ese par de criminales desde mi butaca!

—No lo haremos —rechazó enérgicamente Nick Tremaine—. Y nosotros también tenemos una advertencia para usted: aunque tenga una pistola, está usted solo, mientras que nosotros somos ocho, así que…

—¿Solo? —exclamó el monstruo; y de pronto se echó a reír siniestramente—. ¿De dónde ha sacado usted que estoy solo?

—Bueno… No hemos visto a nadie más en el teatro… ¿No está usted solo con nosotros?

El monstruo se echó a reír de nuevo, cada vez con más potencia,

hasta que sus carcajadas resonaron de aquel modo que ya conocían:

—¡JA, JA, JAJAJAAAA, JA…! ¡SOLO! ¡DIGO QUE ESTOY SOLO!

—Creo… que usted está loco —dijo Tremaine.

El monstruo dejó de reír a través de su pequeño altavoz, y su pequeño ojo terrorífico quedó fijo en Nick, soportando perfectamente la luz del foco.

—¿Cree que estoy loco? —jadeó—. ¡Pues ya veremos qué piensa de mí cuando le diga quiénes están conmigo, señor Tremaine! ¿Quiere saberlo, quieren saber quiénes están conmigo en esta venganza?

—¿Quiénes? —preguntó Spencer.

—¡Los fantasmas de las otras personas que padecieron el horror del fuego en el teatro Arlington! ¡Ellos están aquí, conmigo, dispuesto a tomar parte en esta venganza! ¿Lo ha entendido, señor Scott? ¡Los fantasmas de las víctimas, ellos están aquí, no estoy solo!

—Estás realmente loco —reaccionó Leyland Waddle—. ¡Siempre fuiste un maldito loco criminal, pero esto…!

—Cállese, Leyland —gruñó Nick Tremaine—. No es momento de discusiones entre usted y el señor Griffin. En cuanto a su locura, que parece evidente…

—¿Evidente? —Chilló el monstruo—. ¡De modo que no quieren creer que estoy muy bien acompañado…! ¡De acuerdo! ¡Ahora, aténganse a las consecuencias! ¡Y es mi último aviso! ¡Si después de esto no me obedecen, morirán todos!

Al terminar de hablar comenzó a emitir una especie de gemidos ululantes, que parecieron llenar la sala. Trevor Baker, que estaba lívido, se adelantó también hacia el borde del escenario…, y en aquel momento se apagaron todas las luces del teatro.

—¡Qué demonios…! —respingó Baker.

Su voz fue ahogada por las aterradas exclamaciones de las mujeres y los respingos de los demás hombres…, y, enseguida, por una oleada de gemidos ululantes que parecían brotar de todas partes, llenando el teatro de lúgubres presagios.

—¡Nick! —llamó histéricamente Diana Burns—. ¡Nick, Nick…!

—¡No te muevas de ahí! —Gritó Tremaine—. ¡Voy contigo, Diana, no te muevas!

En la densa oscuridad se oyeron más gritos, chillidos histéricos,

tropezones, desplazamientos de muebles… Diana Burns dejó de gritar al sentirse rodeada por los brazos de Nick Tremaine. Un cuerpo cayó al suelo, y una voz se elevó en una maldición…

—¡JA, JA, JA, JA, JA…! ¡NO QUERÍAIS CREERME, PERO AQUÍ TENÉIS A LOS FANTASMAS DE LAS OTRAS VICTIMAS…! ¡AQUÍ LOS TENÉIS A TODOS!

Se hizo un súbito silencio.

Fue como si, de pronto, todos hubieran enmudecido… o muerto.

Y en este silencio horrible pudieron oírse de nuevo, a los pocos segundos, los gemidos ululantes, tremolantes, palpitantes de tristeza, de rabia, de odio… Llegaban de todas partes del teatro…

Trevor Baker, que había quedado como clavado al suelo, alzó de pronto la mirada al ver un resplandor en alguna parte. Subconscientemente, lo situó en el primer anfiteatro cuando lo vio. Era un resplandor lechoso, flotante, que se movía muy lentamente. Junto a este resplandor, muy cerca, apareció otro. Trevor Baker tuvo la sensación que una argolla de hielo apretaba su garganta.

Los resplandores se esfumaron de repente, y la oscuridad volvió a ser total.

Trevor estaba alzando una mano para llevársela a la frente cuando notó el contacto en una mejilla. Un contacto leve pero concreto, real, frío, que se deslizó rápidamente por su mejilla, como en una caricia; una caricia helada, que puso de punta los pelos del actor, que paralizó definitivamente cualquier capacidad de reacción.

Un poco más allá, sonó la crispada voz de Leyland Waddle:

—¿Quién me ha tocado? ¡Esa mano fría…!

—¡A mí también…! —Se oyó la voz de Spencer Scott-Warren.

Florence Mac Donnell lanzó un aullido.

—¡NO! —chilló—. ¡NO, NO…!

Las luces volvieron tan de repente como se hablan marchado. Dejaron de oírse los ululantes gemidos. Trevor Baker consiguió reaccionar y se volvió hacia el escenario. Spencer y Leyland tenían una mano en una mejilla. Florence Mac Donnell, encogida en un sillón, se protegía la garganta con ambas manos.

—¡Han querido estrangularme! —chilló—. ¡Unas manos han querido estrangularme…!

—¡JA, JA, JAJAJAAAAA, JA, JA…! ¿ESTÁIS CONVENCIDOS DE QUE NO ESTOY SOLO? ¡JA, JA, JA, JA…!

Trevor Baker sentía qué la cabeza le daba vueltas. Realmente le daba vueltas, estaba perdiendo de vista todo lo que le rodeaba. Sentía zumbidos en los oídos, frío en el rostro, un vacío insoportable en el estómago, en todo el cuerpo. Era una sensación casi como de flotación en una cámara llena de aire helado, y que giraba, giraba, giraba, giraba…

Se encontró de pronto arrodillado en el suelo. Oía voces a su alrededor, pero no conseguía situarlas, ni identificarlas. Sacudió la cabeza. Ahora sí oyó nítidamente la voz de Spencer Scott-Warren:

—Vamos, Trevor, vamos… ¡Póngase en pie!

Alzó la cabeza. Junto a él estaba el escritor, tirando de uno de sus brazos. Nick Tremaine apareció a su lado y le agarró por el otro brazo. Lo pusieron en pie y lo sentaron en el sofá. Trevor miraba de uno a otro como alucinado.

—Bueno, ya está bien —dijo Spencer—. Creo que deberíamos…

—Veamos cómo se encuentra —dijo Nick—. Trevor: ¿Cómo va eso? ¿Qué te ha ocurrido?

—No sé —oyó su propia voz como muy lejana Baker—. No sé.

—Deberíamos intentar salir de aquí sea como sea —dijo Spencer, como irritado—. Esto ya dura demasiado. ¿Está en condiciones de caminar, Trevor?

—Sí… Creo que sí. Estoy bien…, creo.

—Nellie ha vuelto a desmayarse —dijo Edgar Bottome.

Trevor Baker miró por entre los cuerpos de Spencer y Nick y vio a Nellie Dorsey en un sillón, desvanecida. También vio, en otro sillón, a Florence Mac Donnell, erguida, muy tiesa, con la mirada fija al frente, como hipnotizada. Diana Burns se había apresurado a seguir a Nick Tremaine, a cuya cintura se abrazaba ansiosamente.

—¿Dónde está Leyland? —murmuró Trevor.

—¿Eh? —Se pasmó Spencer.

—¿Leyland…? —Se sorprendió también Nick—… ¡No está! ¿Dónde demonios se ha metido?

—No creo que se lo hayan llevado los fantasmas —dijo fríamente Edgar Bottome.

Se quedaron mirando todos al más veterano del grupo. Quizá por eso, por su edad, Bottome era el que parecía más sereno de todos, el menos impresionado.

—¡Qué demonios de fantasmas!… —masculló Spencer—. ¿Qué

ha querido decir?

—Simplemente, Leyland ha creído que íbamos a seguirle el juego a Malcom Griffin y que íbamos a matar nosotros, así que ha decidido aprovechar el apagón para alejarse, para esconderse. Al parecer, nos tiene más miedo a nosotros que a los fantasmas.

—¡Pero qué mierda de fantasmas, hombre! —Gruñó Spencer—. ¡No vamos a creer…!

—Yo los vi —dijo Trevor Baker.

Se quedaron mirándolo estupefactos. Spencer frunció el ceño hoscamente, y en su rostro apareció un gesto sarcástico.

—¡Dios mío! —gimió Diana.

—¿Los viste? —Preguntó Tremaine—. Vamos, Trevor…

—¡Los vi! ¡Estaban en el primer anfiteatro, los vi con mis propios ojos…!

—Bueno, muchacho… —empezó Edgar Bottome.

—¡Maldita sea, les digo que los vi! ¿No quieren entenderlo? ¡Los vi!

—Evidentemente, usted ha sufrido en *shock* que…

—¡Puede que haya sufrido un *shock* pero fue precisamente después de verlos! —aulló Trevor Baker—. ¡Estaban flotando allá arriba!

—Mira, Trevor… —empezó Tremaine.

—Esperen un momento —interrumpió con voz apagada, Spencer —. ¿Qué es lo que vio usted, Trevor? Al parecer, algunos de nosotros hemos sentido… como un contacto en la cara, pero me parece que nadie ha visto nada más que usted. Espero que se dé cuenta de lo que sus palabras pueden significar y que no convierta esto en una estúpida broma. ¿De acuerdo? Y ahora, díganos qué es lo que vio.

—¿Creen que bromearía con una cosa así? —Jadeó Trevor—. ¡Les juro que vi… algo… fantasmal! Eran como… como dos resplandores flotantes… Estuvieron allá unos pocos segundos dos o tres, no sé, y de pronto desaparecieron. ¡No sé si eran fantasmas o qué demonios, pero vi esos resplandores! ¡Tienen que creerme!

Se quedaron mirándole fijamente. Edgar Bottome mascullo algo ininteligible, y desvió la mirada. Diana parecía hipnotizada mirando los ojos de Trevor Baker…

—Yo también los vi.

La voz había sonado tras el grupo que ahora rodeaba a Trevor Baker. La voz de Florence Mac Donnell, que, todavía rígida en su asiento, los miraba ahora con expresión apagada, pero visiblemente serena.

—¿Usted, Florence? —musitó Bottome—, ¿los vio?

—Los vi —dijo con extraña serenidad Florence—. Vi exactamente lo que ha descrito Trevor. Los vi. Allá arriba. Y vi… vi también la mancha lechosa que cayó sobre mí cuando sentí las manos en la garganta…

Capítulo VI

UNA vez más reinó el silencio eh el teatro. Ahora, excepto Nellie Dorsey, desvanecida, todos miraban a Florence Mac Donnell, cuya actitud era extraordinariamente serena y fría.

—Está bien —deslizó Spencer—. No vamos a discutir eso. Me parecería idiota que hablasen ustedes de cosas que no vieron, sobre todo en una situación cómo la que atravesamos.

—Pero es absurdo creer en fantasmas —gruñó Tremaine.

—En circunstancias normales, desde luego —aceptó Spencer.

—Y estas no son unas circunstancias normales, de acuerdo —gruñó de nuevo Nick—. Bien, sea como sea, lo seguro es que vamos a ver el modo de salir de aquí. ¡Aunque tengamos que prender fuego al teatro para que vengan los bomberos!

—¡No! —Respingó Florence—. ¡Fuego, no! ¡NO, POR DIOS, NO!

Se echó a llorar, pero sin histerismos.

—Al parecer —deslizó Bottome—, todo lo que se ha sabido aquí esta noche respecto al incendio de hace tres años en el teatro Arlington de Liverpool, es cierto. Cabe pensar, después de los datos que se han ido sumando, que Florence, Leyland, Kimball y Clough organizaron aquel incendio… Ahora sólo falta por conocer los motivos.

—¿Cree usted que eso justificaría algo? —murmuró Spencer.

—No… Ciertamente, no. Bueno, supongo que ya no tienen importancia los motivos. Lo hicieron, eso es todo…, pero me gustaría saber por qué. Una acción tan horrible como esa…

—La compañía se estaba arruinando —dijo de pronto Florence, alzando la cabeza, mostrando su rostro empapado en lágrimas—. Estábamos representando una obra que era un completo fracaso, pero ya habíamos invertido mucho dinero en ella, y teníamos que

seguir con ella, intentando salvar algo. Sólo que, a cada día que pasaba, las pérdidas eran mayores.

—Bueno, pero sería Kimball el que tendría que soportarlas, ¿no es así? ¡No era cuenta de ustedes, los actores!

Florence Mac Donnell tragó saliva.

—Es que… Bueno, George, Leyland y yo habíamos… invertido todo nuestro dinero en la obra, aceptando la asociación que Kimball nos propuso. ¡Estábamos tan convencidos de que la obra sería un éxito y que ganaríamos mucho dinero…! Pero prácticamente estábamos en la ruina los cuatro, así que… Herbert y George tuvieron… la idea… de provocar un accidente que nos proporcionara una buena cantidad de los seguros que…

—¡Murieron varias personas! —Casi gritó el habitualmente imperturbable Edgar Bottome.

—¡No queríamos que muriera nadie! ¡Sólo queríamos provocar un accidente que obligase a cerrar el teatro y a cobrar las primas de seguro de éste, y las que se derivarían por la suspensión de las representaciones…! ¡No teníamos otra salida, Edgar!

Edgar Bottome perdió la compostura, de pronto, acercándose a Florence Mac Donnell con los puños apretados, congestionado el rostro.

—¡Me estás hablando de maldito y cochino dinero! —gritó—. ¡Comprendería una acción criminal y desesperada si se hubiera tratado de conservar vuestras vidas, pero no la comprendo si se realizó sólo por dinero! ¡Fue un acto criminal que costó la vida a varias personas!

—¡No pretendíamos, eso, sólo… sólo un pequeño accidente!

—Maldita seas —jadeó Bottome, que parecía a punto de agredir a Florence—. ¡Maldita seas, asesina! ¡De buena gana te mataría yo solo, y todo esto terminaría!

—Vamos, vamos, Edgar —se acercó Nick, tomando de un brazo al enfurecido veterano—, contrólese usted, o puede darle un infarto. Ya nada puede volverse atrás.

—¡Deberíamos matarla! —aulló Bottome.

Florence Mac Donnell le miraba aterrada, demudado el rostro. Nick apartó a Bottome de delante de ella…, en el momento en que en la sala volvían a oírse aplausos, y sonaba de nuevo la metálica voz.

—¡BRAVO! ¡MUY BIEN, MUY BIEN, ASÍ SE HABLA…! ¡HAY QUE MATAR A ESA VÍBORA!

Nick Tremaine se precipitó hacia el foco, lo movió y el haz de luz descubrió al monstruo, sentado en el centro del patio de butacas, aplaudiendo.

—Maldito sea —jadeó el joven y atractivo actor—. ¡Aquí no hay más víbora que usted, Griffin! ¡No tenía derecho alguno a organizar todo esto, debió acudir a la policía…!

—¡YA LE DIJE ANTES QUE NADA DE POLICÍA! ¡PREFIERO PRESENCIAR ESTA FORMIDABLE FUNCIÓN, DISFRUTAR DE ELLA A MI MANERA!

—¡Le voy a…!

Pareció que Nick fuese a saltar del escenario, pero algo brilló en una mano del monstruo, al tiempo que sonaba de nuevo su voz.

—¡ACÉRQUESE A MENOS DE DIEZ PASOS DE MI, TREMAINE, Y VERÁ COMO LE METO UNA BALA EN EL VIENTRE! ¡O SI LO PREFIERE, PUEDO VOLARLE LA CABEZA DE UN BALAZO A LA SENORITA BURNS! ¡USTED TIENE LA PALABRA!

—¡Criminal! —vociferó Nick.

—SOLO JUSTICIERO. BIEN: ¿NADIE QUIERE MATAR A ESA BRUJA DEL DEMONIO? ¡YA ME ESTOY CANSANDO DE FACILITARLES LAS COSAS!

—¿Qué quiere decir? —Saltó Spencer.

—¡JA, JA, JA, JAAAJAJAAAAA…!

Apenas habían cesado las carcajadas del monstruo cuando, por encima de los actores, comenzaron a oírse los gemidos ululantes de tonalidades lúgubres, fantasmales. Todos alzaron vivamente la cabeza hacia el conjunto de vigas y soportes para los decorados…, y en ese preciso momento algo se desprendió de allá arriba, provocando un sobresalto en los actores, que aún se sobresaltaron más cuando aquella cosa cayo en el centro del escenario, rebotando con escalofriante sonido.

Aquella cosa redonda.

Con cabellos.

Con ojos.

Ni por un instante pudo ser confundida con un balón o con cualquier cosa; todos Comprendieron al instante que se trataba de una cabeza.

Rebotó, y fue hacia una de las salidas laterales del escenario, rodando por fin un instante antes de detenerse.

Nadie se movió.

—¡JA, JA, JA, JA, JA!

Nick Tremaine acertó a dar un paso, pero quedó frenado por las manos de Diana Burns, que le sujetaban por un brazo, crispadas. El joven actor se desprendió suavemente, y caminó hacia aquella cosa redonda, con cabellos y ojos. Se inclinó y la agarró con ambas manos, volviéndose hacia los demás.

—¡Oh, Dios mío…, Nick! —gimió Diana.

Tremaine se pasó la lengua por los labios, y volvió la cabeza que tenía en las manos hacia sus compañeros.

—No es la cabeza de Leyland —susurró—. Es la cabeza de uno de los maniquíes que hay en utillaje, y, que se utilizaron hace tiempo en una función.

Trevor Baker se acercó a un sillón y se dejó caer en él. Tremaine caminó hacia el centro del escenario, acondicionado como un gran salón, y depositó la cabeza del maniquí sobre la mesita. Spencer le dirigió una mirada colérica.

—¿Es necesario que la deje aquí, Nick? —gruñó.

—¿Qué más da? Es sólo una cabeza de muñeco…, aunque, ciertamente, significa algo.

—Es una broma satánica —dijo Edgar Bottome.

—¿UNA BROMA? ¿POR QUÉ NO BUSCAN A LEYLAND WADDLE FUERA DEL ESCENARIO… Y VERÁN QUE BROMA TAN DIVERTIDA SE ENCUENTRAN?

—Le ha cortado la cabeza —jadeó Trevor Baker—. ¡Le ha cortado de verdad la cabeza a Leyland!

—¡JA, JA, JA, JAJAJAAAA…!

Trevor Baker se llevó las manos a las sienes y cerró, los ojos. Tenía la sensación de que algo iba a estallar en su cabeza. Sí, algo iba a estallar si él no lo evitaba apretando sus sienes ardientes. Era todo tan espantoso que no comprendía cómo podían estar resistiéndolo. Le latían las sienes con una fuerza espantosa, dolorosa…

Notó el contacto en un hombro, y abrió los ojos, sobresaltadísimo. Spencer y Nick estaban ante él, Nick tocándole un hombro.

—Trevor, vamos a buscar a Leyland, y saldremos todos juntos de aquí como sea…

—Está muerto —se oyó a sí mismo Baker—. Leyland está ya muerto.

—Quizá. Pero si no lo está, tenemos que convencerlo para que vuelva con nosotros y unamos las fuerzas de todos para salir del teatro. Es posible que podamos arrancar la puerta utilizando palanquetas, o cualquier cosa parecida. Esto ya dura demasiado.

—Sí… Dura demasiado.

—Vamos a buscar a Leyland y pasaremos por utillaje a ver qué encontramos allí que pueda servirnos para forzar la puerta. Tal vez la más fácil sería la de emergencia, que utilizamos nosotros para entrar y salir del teatro.

—Ya miramos esa puerta, y todas. Y todas están…

—¡Tenemos que intentarlo! —gritó Nick.

—¡TREMAINE, SI INTENTAN SALIR LOS MATARE A TODOS A BALAZOS, EMPEZANDO POR SU ADORADA SENORITA BURNS! ¡LOS ESTOY VIGILANDO HACE YA TIEMPO, Y SÉ QUE USTED LA AMA! ¿ME HA ENTENDIDO?

—¡Muérase! —gritó Nick, volviendo la cabeza hacia el patio de butacas.

—¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡SON USTEDES LOS QUE VAN A MORIR SI NO ME OBEDECEN! ¡YA NO FACILITARÉ NADA MÁS! ¡MATEN A LA VÍBORA Y LOS DEJARÉ MARCHAR A TODOS LOS DEMÁS!

Nick Tremaine se desentendió del siniestro y solitario espectador que disponía de toda la platea para él solo.

—Vamos, Trevor, tenemos que encontrar a Leyland y, si está vivo, marcharnos sea como sea.

Trevor Baker aspiró hondo y dijo:

—No.

—¿Qué?

—No voy con vosotros. Voy a quedarme aquí, no quiero saber nada con eso. Me consta que Leyland está muerto, eso todos lo hemos tenido que comprender. Como también podemos comprender que Griffin no se conformará con tus planes. Está decidido a que nadie salga de aquí hasta que también haya muerto Florence.

Y a ella quiere que la matemos nosotros. ¡Quiere ese espectáculo!

—Pues no vamos a dárselo, naturalmente.

—Entonces, él nos matará a todos.

—A menos que consigamos reventar una puerta. Vamos, Trevor, tu actitud es absurda.

—Yo no me muevo de aquí. Puede que mi actitud te parezca

absurda a ti, pero no pienso hacer nada que irrite a Griffin.

—Bueno, puesto que no quiere irritarlo, quizá quiera complacerlo —dijo secamente Spencer Scott-Warren—. Si es así, todo lo que tiene que hacer es matar a Florence.

—¿Yo? —respingó Trevor.

—Alguien tendrá que hacerlo si hemos de complacer al monstruo, ¿no es así? Y ya que usted parece dispuesto a tenerlo… apaciguado, mate a Florence.

—¡Usted está loco! —Chilló Baker—. ¡No tengo la menor intención de matar a Florence…, ni a nadie!

—Entonces, ¿qué? No quiere ayudarnos, ni quiere matar a Florence… No quiere hacer nada. Simplemente, ha decidido sentarse aquí a esperar que los demás lo hagamos todo, que corramos todos los riesgos. ¿Es eso? Puede que sea usted el mejor actor del mundo, Trevor, pero yo diría que no es el hombre más valiente. ¡Maldito sea, su actitud es de lo más cobarde que he visto en mi vida!

—¡Váyase al demonio!

—¡Váyase usted al infierno, cobarde!

—Tranquilícese, Spencer —dijo Nick—. Dejemos a Trevor que haga lo que quiera, y vamos los demás a buscar a Leyland y algo que pueda servirnos para reventar una de las puertas.

—Griffin ya os ha advertido que si intentáis salir os matará a todos —recordó Trevor Baker.

—¿Vienes o no?

—No.

—Muy bien. Pues aquí te quedas. ¡Y no creas que vamos a venir a buscarte si conseguimos reventar alguna puerta!

Trevor Baker no contestó. Los demás estuvieron unos segundos mirándolo y, finalmente, ayudando Diana a Nellie Dorsey, que parecía totalmente recuperada, salieron todos del escenario por una de las aberturas laterales. Trevor Baker quedó solo en el escenario, inmóvil.

Silencio.

Silencio total, absoluto, denso, terrible.

De pronto, Trevor recordó que el monstruo estaba en el patio de butacas…, o al menos había estado allí la última vez que Nick lo buscó con el foco. Muy despacio, fue volviendo la cabeza hacia

donde se proyectaba la luz del foco.

Y allá estaba el monstruo, sentado.

Se movió de pronto, poniéndose en pie. Trevor lo estuvo mirando, sobrecogido, mientras se desplazaba por entre las dos filas de butacas hacia el pasillo central. Una vez en éste, el monstruo comenzó a caminar hacia el escenario. Clocloc, clocloc, clocloc, clocloc, sonaban sus pasos en el increíble silencio.

El monstruo seguía acercándose, balanceándose; sus pisadas sonaban una más fuerte que la otra.

Clocloc, clocloc, clocloc, clocloc…

Trevor Baker hizo intención de ponerse en pie, pero la voz del monstruo llegó fríamente hasta él:

—No se mueva de ahí, Baker.

Este se relajó en el sillón. Es decir, creyó relajarse, pero en realidad estaba tenso como nunca en su vida, los pasos del monstruo llegaron ante el escenario, se deslizaron hacia la izquierda de éste, y durante unos segundos Trevor dejó de oírlos. Recuperó enseguida el sonido traqueteante, después que el monstruo hubo subido por una de las entradas laterales y se acercaba por un lado del escenario… Apareció por la parte hacia la cual estaba encarado en diagonal Trevor Baker, cuyas manos se crisparon en los brazos del sillón.

Una sensación de ahogo se produjo en el pecho del actor Trevor Baker. Tenía la sensación de que todo sonido y movimiento había cesado en su cuerpo; como si todas sus funciones vitales hubieran quedado en suspenso… ¿O quizá habían cesado? ¿Quizá acababa de morir y todavía no se había enterado?

Sí, quizá estaba muerto. Había oído últimamente que algunas personas habían relatado sus experiencias en este sentido: habían estado muertas unos segundos, habían visto el Más Allá, pero, al mismo tiempo, todavía habían estado viendo unos segundos lo que dejaban atrás, lo que dejaban en lo que se llamaba Vida… Pues bien, quizá él estaba ahora en el Más Allá, pero presenciando todavía escenas de la vida que acababa de abandonar…

—De modo que le han dejado solo —susurró el monstruo.

Trevor se estremeció. Tragó saliva. Muy bien, no estaba en el Más Allá, no estaba muerto, ni lo había estado en ningún momento. Sólo en suspensión de facultades vitales, una suspensión producida

por el miedo, por el espanto.

Pero estaba vivo.

Y eso era lo que importaba…

—Ya habrá oído usted la conversación —consiguió decir.

El monstruo asintió, y se sentó en un sillón, dando frente a Trevor, que le contemplaba espeluznado, pero controlándose en lo posible, no queriendo que Malcom Griffin, el monstruo, captase su repulsión, su rechazo.

—En mi opinión —dijo quedamente el monstruo—, es usted el más inteligente de todos, Baker. Aunque todos han comprendido que también tengo ayuda del exterior, parecen haberlo olvidado. Le aseguro que todo aquel que salga del teatro sin mi permiso será muerto… ¿Me cree usted?

—No tengo más remedio que creerlo… Supongo que antes de dar este paso, de poner en marcha su acción de venganza, lo habrá preparado muy bien todo.

—Naturalmente. Podía haber actuado antes, pero quise esperar a las cien representaciones de «El jardín sin flores»… Digamos que ha sido una… concesión profesional, un último gesto de consideración y de admiración hacia mis colegas. Y además, realmente, «El jardín sin flores» es una obra magnífica.

—Sí… Sí, lo es.

—¿Le ocurre algo… especial?

—No… Bueno, no sé, me da la impresión de quede que he oído su voz antes de ahora.

—Es muy posible. Cabe suponer que un gran actor como usted ha sido durante mucho tiempo un espectador atento y posiblemente me viese en alguna función que ahora no recuerda. Además, mi fama no era excesiva, mi nombre siempre salía en las letras pequeñas, ¿comprende?

—Sí… Desde luego, sí.

—En cambio, el de usted… ¡Ah, es usted realmente un gran actor, Baker! Pero no el mejor, ¿sabe? ¿O sí? ¿O sí se cree usted el mejor actor del mundo?

Trevor Baker sentía que se iba serenando. Estaba sentado frente al ser más horrendo que había visto en su vida y cuya mente estaba ocupada por criminales ideas de venganza, pero se iba serenando. A todo se acostumbra uno en la vida. A todo. Incluso a la visión de un

rostro como el de Malcom Griffin.

—¿No contesta? —Pareció reír el monstruo.

—No quisiera decir nada que le molestara a usted.

—¡Ah…, eso es muy prudente, muy inteligente! Pero no tema, puede decir lo que quiera, lo que sienta. Me gusta conversar con personas sinceras…, o me gustaba, al menos ¿Es usted sincero? ¿Se considera el mejor actor del mundo?

—Poco menos. Desde luego, no creo que exista comparación entre mí y los Otros actores que hay en este teatro.

—Tal vez tenga razón:… Y puestas así las cosas, sería muy lamentable que usted muriese, ¿verdad?

—¿Yo? —Palideció Trevor—. ¡Yo no tuve nada que ver con lo que sucedió…!

—Me parece que no entiende, Baker. ¿En algún momento ha creído que alguien va a salir con vida de este teatro? Si así ha sido, pierda cualquier esperanza: jamás he tenido la intención de permitir que nadie salga de aquí con vida para explicar lo sucedido… En menos, pero más claras palabras: todos ustedes van a morir, todos. Y luego, prenderé fuego a este teatro.

Capítulo VII

TREVOR sintió como un impacto en el estómago y sus manos volvieron a apretar los brazos del sillón.

—Eso no es lo que usted ha estado diciendo —jadeó.

—Todos podemos mentir, ¿no cree? Y yo no tengo por qué privarme de ese privilegio de cobardes. Sin embargo, en ocasiones también puedo ser sincero. Puedo ser sincero con usted.

—¿Conmigo? ¿En qué sentido?

—¿Le gustaría ser el único superviviente? ¿Le gustaría salir de aquí con vida, y contemplar desde el exterior cómo ardía el teatro?

—Preferiría…

—Me parece que no acaba de entender, Baker: le estoy ofreciendo la oportunidad de salvar la vida. Si acepta, bien. Si no, morirá usted con los demás. ¿No quiere salvar la vida?

—Sí… Claro, sí.

—Yo puedo garantizarle eso, si usted me promete cumplir dos condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Primera: explicar a la policía todo lo que ha sucedido en este teatro esta noche y los motivos que me han impulsado a mi venganza. Como ve, necesito que alguien salga vivo de aquí para que presente esa explicación a la policía, y usted puede servirme. Arreglaríamos las cosas de modo que su fuga resultase verosímil; quiero decir que tendrían que aceptar el hecho de que usted hubiese conseguido escapar de mí y los demás no.

—Bueno… No me parece una condición… difícil de aceptar.

—De acuerdo, entonces. Aunque me temo que la segunda condición ya no va a parecerle tan fácil.

—¿De qué se trata?

—Tiene que ayudarme usted a matar a los demás.

—¿Qué…? —Se atragantó Trevor, palideciendo.

—Ya me he dado cuenta de que ellos no querrán complacerme matando a Florence Mac Donnell así que no tendré más remedio que actuar yo personalmente…, como he estado haciendo hasta ahora con George Clough, Herbert Kimball y Leyland Waddle…

—¿Es cierto, entonces? ¿También ha matado a Leyland?

—Desde luego. Sólo queda Florence, y como los demás no van a querer matarla tendré que cumplir mi amenaza de matarlos a todos…, menos a usted, si acepta ayudarme. Tengo amigos fuera del teatro, pero no dentro…, ya que los fantasmas, ciertamente, no podrán hacer la clase de cosas que yo deseo. Usted sí podría. Ayúdeme a matarlos a todos, y le garantizo que saldrá con vida. Y naturalmente, sería absurdo suponer que usted le diría a la policía que me había ayudado. Cuando encontrasen los cadáveres entre las cenizas verían que habían sido en su mayor parte muertos a balazos con la pistola que hallarían en mis restos, ¿comprende?

Trevor Baker cerró los ojos, y aspiró hondo. Sentía fríos el rostro y las manos. Y algo como un enorme nudo en el estómago. Sí, como un nudo de hielo. ¿Matar? ¿Podía él matar? Recordó las palabras de Edgar Bottome. Este había dicho a Florence Mac Donnell que habría comprendido una acción criminal para salvar su vida, pero no por dinero… Sí por salvar la vida, no por dinero.

Y el monstruo no le estaba ofreciendo dinero.

Sólo su vida. Su propia vida.

Abrió los ojos. El monstruo le miraba fijamente con el suyo oscuro y pequeño, fijo el otro, el que parecía de pescado cocido…

—¿Cómo puedo saber que no pretende engañarme? —preguntó Trevor con voz apenas audible.

—Ya le he dicho que quiero que la policía sepa lo ocurrido aquí dentro…

—Podría explicárselo usted después de…

—No lo entiende usted, Baker: yo no quiero salir de aquí, no quiero seguir viviendo. Sólo he querido vivir para llegar a esto… Una vez cumplida mi venganza, la vida no tendría aliciente alguno para mí. Póngase en mi lugar: ¿cree usted que querría seguir viviendo con este aspecto?

—Creo… creo que no —negó Trevor.

—¿Lo ve? No le estoy engañando, quiero que usted salga de aquí para explicárselo todo a la policía. Ayúdeme a matar a los demás, yo avisaré a mis amigos para que le permitan alejarse, y entonces ellos se irán y yo prenderé fuego al teatro, conmigo dentro, tras pegarme un tiro. ¡Ayúdeme, y salvará su vida!

—Pero yo nunca… jamás he matado… a nadie…

—Siempre hay una primera vez. Podría hacer este trato con otro cualquiera, pero le prefiero a usted. Es el mejor actor, el más inteligente… ¡Será un buen auxiliar de mi venganza!

—Pero yo… No sé… ¿Por qué tengo que intervenir? ¡Usted solo podría hacerlo!

—Son demasiados y, si me acercase a ellos, aun estando armado, podrían atacarme a la vez y reducirme antes de que hubiese completado mi venganza. En cambio, usted puede… ir sorprendiéndolos, ir matándolos uno a uno antes de que ellos puedan reaccionar. ¡Ningún momento mejor que éste, en que deben estar buscando por separado a Leyland Waddle!

—No sé… ¡No podría!

—¡Claro que podría! Mire, voy a entregarle mi pistola. He rellenado el cargador, de modo que dispone usted de nueve balas, más que suficientes si no las desperdicia…

—¿Va a entregarme usted su pistola? —exclamó incrédulamente Trevor Baker.

—No le creo tan estúpido como para utilizarla contra mí —dijo secamente Malcom Griffin—. Si yo no advirtiera a mis amigos de que usted puede salir con vida, jamás lo conseguiría. Y sólo les diré eso cuando todos estén muertos y usted me haya devuelto la pistola, ya sin balas, si así lo desea. ¡Maldita sea, Baker, le estoy ofreciendo un trato que nadie en su sano juicio podría rechazar! ¡Y no le estoy mintiendo en nada, le juro que le dejaré marchar con vida! ¡Quiero que la policía sepa lo que habrá sucedido aquí dentro! ¿Quiere mi pistola o no?

La tendía hacia Trevor Baker, que miraba el arma todavía con expresión incrédula, con la culata hacia él, pues el monstruo la sostenía por el tubo silenciador. Podía empuñar el arma, y, tal como estaba, disparar contra el monstruo y matarlo. Sí, podía hacerlo, pero… ¿qué harían luego los amigos que el monstruo tenía en el exterior, si los veían salir a ellos y al monstruo no? Bueno, era fácil

imaginarse lo que harían los amigos de Griffin: matarlos a todos, quizá brutalmente, quizá tirándoles un «cóctel Molotov» o algo parecido…

¿Y por qué demonios tenía que morir él? ¿Por qué?

¿POR QUÉ ÉL?

Lentamente, la mano derecha de Trevor Baker se acercó a la pistola; sus dedos se cerraron en torno a la culata.

—Es muy sencillo —susurró el monstruo—: sólo tiene que apuntar y apretar el gatillo. ¡Es tan fácil…! Pero hay algo que quiero que sepa, Baker: puesto que los demás no han querido matar a Florence, me la reservo, no la mate usted. La mataré yo, a mi manera…, tal como quería que la matasen ellos.

—¿De qué… manera?

—Quizá tenga ocasión de verlo. Primero, los demás, a manos de usted, y por último… ¡yo me encargaré de Florence Mac Donnell! No se confíe… Sorpréndalos a todos, si es posible; lleve escondida la pistola, y vea de ir separándolos, matándolos uno a uno en sitios diferentes… ¡No se confíe, ellos también querrían matarle si comprendieran lo que sucede, el instinto de conservación los impulsaría contra usted sin vacilar…! Y no perdamos ya más tiempo: vaya en busca de ellos, Baker… ¡Vaya!

Trevor se pasó la lengua por los labios y le pareció que una y otros eran como de lija. Ahora sentía la garganta como llena de polvo incrustado, un polvo seco, áspero, terrible. Miró la mano con la que empuñaba la pistola, apretada en torno a la culata, blanca, lívida.

Por fuerza tenía que pensarlo: él estaba admitiendo la posibilidad de que iba a matar a seis personas. Es decir, que iba a… duplicar la mortandad realizada ya por el monstruo. El monstruo había matado a tres personas, y él estaba admitiendo que podía matar a seis.

No. No podría hacerlo. ¿O sí? Pensó en la vida que tenía ante sí de poder escapar de aquella situación… La Vida. Ah, sí, la Vida era muy hermosa. Tenía treinta años, era hermoso, inteligente y un gran actor famoso… Bien, no tan famoso como merecía, pero sabía que, si continuaba viviendo, llegaría a serlo muy pronto. ¡El mejor! El mejor indiscutiblemente.

La fama. Eso, la fama. Si salía con vida de aquella horrible

situación, por fuerza aparecería en todos los periódicos y revistas del mundo; porque un suceso como aquel sería publicado en todo el mundo, naturalmente. Cientos, miles de periodistas acudirían a él en busca de información…

Y los titulares: el gran actor Trevor Baker, protagonista y único superviviente del más horroroso drama jamás acontecido en teatro alguno…

Y además, la Vida.

¡Sobre todo, la Vida!

La Vida, que ahora le parecía más hermosa que nunca. Había en el mundo miles de modos de gozar de la Vida, sobre todo cuando se es famoso y se tiene dinero. ¡Ah, la Vida…!

Alzó la mirada, y se encontró con el ojo del monstruo fijo en él. Un ojo que ahora le pareció mortecino, apagado, expectante, en aquel rostro que le pareció… como de cera.

Sin decir una sola palabra, Trevor Baker se puso en pie y se dirigió hacia una de las salidas laterales del escenario. Llegó al pasillo, en el punto en que se bifurcaba. ¡Qué extraño, no oía nada…! Absolutamente nada. Y esto no era normal. Lo normal habría sido que se oyera algún ruido, alguna voz.

«Deben estar en utillaje, buscando algo para abrir la puerta de emergencia que utilizamos los actores —pensó—. Sí, deben estar todos allá. Es decir, que están todos juntos. Y eso no me conviene, Griffin tiene razón: tengo que encontrarlos por separado. Bueno, puedo ir allá y llamar a uno o dos de ellos, decirles que vengan un momento conmigo a ver algo que he encontrado…».

Bien, si estaban en utillaje significaba que los tenía bajo sus pies, es decir, en el sótano habilitado bajo el escenario y al que se descendía por un tramo en ángulo de escalones que comenzaba en un hueco entre dos camerinos.

Muy bien.

Giró hacia ese lado, guardando la pistola como pudo en un bolsillo del pantalón. Resultaba demasiado larga, con el silenciador puesto, pero se las arregló, manteniendo la mano dentro del bolsillo. No verían el arma hasta que fuese demasiado tarde. En realidad… ¿qué le importaban a él aquellas seis personas, quiénes eran, qué significaban en su vida?

Nada. No significaban absolutamente nada. Eran simples

comparsas en su camino hacia la celebridad. Claro, el solo nunca podría representar obras de altísima calidad que le fuesen encumbrando; necesitaba de otros actores, de comparsas. Comparsas tanto en el teatro cómo en la vida. Allá estaban las otras personas, todas las otras personas del mundo, pero… ¿qué significaban para él? Eso: nada.

Respingó cuando, de pronto, Edgar Bottome apareció ante él, saliendo de uno de los camerinos. El anciano actor también tuvo un sobresalto, pero enseguida se tranquilizó. Casi le sonrió.

—Ah, es usted, muchacho —dijo quedamente—. ¿Lo ha pensado mejor? ¿Ha decidido colaborar?

Trevor asintió con la cabeza, despacio, murmurando:

—Sí… Naturalmente.

—Estupendo. Estaba recogiendo una cosa en mi camerino, por si podemos salir de aquí. Es un recuerdo que no quisiera perder, y no sé por qué tengo el presentimiento de que algo horrible va a suceder en este teatro… ¿Se encuentra bien?

Lo miraba con una curiosidad que a Trevor le pareció casi afectuosa. Volvió a asentir con la cabeza.

—Sí, me encuentro bien —susurró—. Edgar, tengo algo muy importante que decirle.

—Ah, muy bien. ¿Qué es ello?

—Entremos en su camerino.

—De acuerdo.

Edgar Bottome volvió a abrir la puerta de su camerino, entró y se volvió para mirar a Trevor Baker, que entraba tras él, muy despacio. La mirada de Trevor recorrió rápidamente el pequeño camerino. Sí, estaban solos.

Cerró la puerta a su espalda, sacó la pistola y apuntó al pecho de Edgar Bottome. Este se irguió vivamente, sus ojos se abrieron mucho, fijos en el arma, pero enseguida parecieron saltar hacia los del hermoso y joven colega.

—¡Trevor! —jadeó—. ¿Qué hace usted con…?

Plop, disparó Trevor Baker.

Edgar Bottome saltó hacia atrás, emitiendo un gemido, más bien un sollozo, llevando ambas manos al pecho, justo sobre el corazón; describió un giro, cayó de rodillas y, acto seguido, de bruces. Sus brazos quedaron bajo el cuerpo, su cabeza ladeada sobre el piso,

apoyada en éste su mejilla. Trevor Baker vio las cada vez más débiles y lentas boqueadas del anciano actor, en cuyos ojos había una tremenda expresión atónita, de estupor sin límites. Los ojos quedaron inmóviles, fijos, y hubo en ellos una suave expresión de paz; los párpados se cerraron un poco y al fin quedaron fijos.

Eso fue todo.

Trevor Baker giró, abrió la puerta del camerino y salió al pasillo. Cerró la puerta y se apoyó de espaldas en ésta. ¡Qué fácil había sido! ¡Qué increíblemente fácil! Pero se dio cuenta de cuan violentamente estaba temblando su mano armada y se apresuró a esconderla de nuevo en el bolsillo. Respingó cuando, a través de la tela, notó el calor del cañón del arma.

Subió la mano izquierda para tocar su frente, que notó ardiente.

«Por el amor de Dios… —pensó—, ¡acabo de matar a una persona, a un anciano!».

La idea comenzó a dar vueltas en su cabeza. Sí, era como si dentro de su cabeza el pensamiento se hubiera convertido en un objeto, en algo tangible que iba dando vueltas. Como una pelota metida en una caja rebotando sin cesar de un lado a otro…

Fue justo en ese momento cuando oyó la risa. No la risa de Malcom Griffin, no la risa del monstruo… Fue una carcajada contenida, alegre, juvenil. Una carcajada… hermosa. Y femenina. La identificó casi enseguida: era la risa de Diana.

Quedó pasmado, atónito. ¿Diana estaba riendo? ¿O había sido también aquella risa, como aquel pensamiento que iba de un lado a otro de su mente? ¿Había sido una… alucinación acústica? Podía ser, porque recordaba muy bien la risa de Diana Burns. ¡Aquella risa fresca y alegre, llena de vida! Al principio, ella había reído así para él, pero, ciertamente, muy pronto se había ido dando cuenta de que ya no reía así para él, ni lo miraba del mismo modo. Y, en cambio, … ¡Ah, sí, Diana miraba últimamente de un modo especial a Nick Tremaine!

De pronto, Trevor recordó el beso que Diana había dado a Nick Tremaine en el despacho de Herbert Kimball. Recordando la actitud de Nick Tremaine comprendió que era la primera vez que se besaban. Sí, Nick se había mostrado… tenso, sorprendido. Pero él recordaba muy bien la forma de la boca de Diana besando la de Tremaine, recordaba sus bonitos labios sonrosados aplastándose

contra la boca de Nick en aquel beso que no era sólo para molestarlo a él, no, sino que era un beso auténtico para Nick Tremaine. En realidad, el beso con el que la hermosa Diana le decía a Tremaine que le había elegido, que era a él a quien amaba…

Volvió a oír la risa. Una carcajada contenida, sólo eso, pero suficiente para él. Era la risa de Diana…, y él sabía muy bien dónde había sonado: en el camerino de ella. Florence y Nellie compartían un camerino, al igual que lo habían hecho Clough y Waddle, pero Diana, Bottome, él y Nick tenían camerinos individuales.

Sí, en el camerino de ella.

Se colocó ante la puerta del camerino de Diana Burns y aspiró hondo.

¿Por qué reía Diana? ¿De qué reía Diana?

Capítulo VIII

—NO seas tonto —rio de nuevo quedamente Diana Burns—, esto tenía que suceder en un momento u otro, Nick.

Nick Tremaine, de pie ante ella, la contemplaba con expresión entre sonriente y preocupada. Las ropas de Diana Burns estaban esparcidas sobre un gracioso diván floreado, excepto el sujetador y la braguita, que ella llevaba puestos todavía. Eso y los zapatos era todo lo que quedaba sobre el cuerpo de la bellísima pelirroja.

—Ya sé que tenía que suceder —dijo Nick—, pero, francamente, no me parece que sean estas las circunstancias apropiadas, Diana.

—¿Quizá tienes miedo? —Sonrió ella—. ¿Tienes miedo de algo, Nick, amor mío?

—Pues ya que lo dices…, quizá tenga miedo de que esto no pase de ser una… escena que jamás se repetirá.

—¿Por qué has de creer semejante cosa? No lo haría si no te amase realmente, de ninguna manera llevaría las cosas tan lejos, y me molesta que lo creas de otro modo. Es cierto que al principio quedé deslumbrada por Trevor, y hasta voy a admitir que creía estar enamorada de él. Pero no hay comparación posible, y ahora sé que estoy realmente enamorada de ti. ¡Oh, vamos, no me digas que no te diste cuenta de eso cuando te besé!

—A decir verdad —murmuró Tremaine—, aquel beso me pareció sincero y hermoso, Diana. ¡Lo más hermoso que me ha sucedido en la vida! Pero, a fin de cuentas, los dos somos actores, y un beso… puede no significar nada, por muy sincero que parezca. En cuanto a esta… escena…

—¡No va a ser ninguna escena para mí! ¿Quieres entender de una vez que te amo de verdad? Pase lo que pase aquí, te amo. Te amo ahora, te amaré mañana y siempre… ¿Qué más quieres que te

diga? Vamos a olvidar las circunstancias, y gocemos de nuestro amor, eso es todo. Lo demás, se resolverá por sí solo. Nick… ¡por favor!

Tendió los brazos hacia él. Nick Tremaine todavía vaciló un instante, pero acabó por acercarse a Diana, la abrazó, y la besó en la boca. Diana Burns se colgó de su cuello y apretó su cuerpo casi desnudo contra el de Tremaine, mientras correspondía apasionadamente al beso.

De pronto, ella se apartó, corrió riendo hacia la puerta y apagó la luz del camerino, que quedó iluminado solamente por la pequeña pantalla del tocador donde la bella actriz tenía sus maquillajes. En seguida, Diana regresó ante Nick, se plantó ante él y susurró:

—¿Y bien?

Nick Tremaine la abrazó, ahora suavemente, y sus dedos encontraron en la espalda de Diana el cierre del sujetador, que soltó… Se retiró luego un poco, llevándose el sujetador. Los hermosísimos senos de Diana Burns resplandecieron a la suave luz de la lamparita. Nick Tremaine aspiró hondo y se inclinó para besarlos. Cuando sus labios se posaron en la turgente carne, Diana emitió un gemido y sus manos se hundieron en la rizada cabellera de Tremaine.

—Sí —suspiró—. Sí, Nick, es… es un buen… principio…

Las manos de Tremaine buscaron el borde de la braguita de la muchacha, y la deslizaron hacia abajo, mientras continuaba besando los erguidos senos. Con un gracioso gesto, Diana Burns terminó de desprenderse de la última prenda, moviendo una pierna esbelta, lanzando lejos la braguita.

—Oh, Nick… —gimió—. ¡Nick, no me hagas esperar más, mi vida…!

Se acercaron los dos al diván. Nick Tremaine lanzó al suelo de un manotazo las prendas que había encima y Diana se tendió. Su tersa carne, blanca, sólida, relucía a la suave luz. Mientras Tremaine se quitaba la ropa, la muchacha tendía los brazos hacia él, con gestos de impaciencia…, y suspiró fuertemente cuando, por fin, Nick se tendió sobre ella.

—Diana, quizá estamos llegando demasiado lejos…

Ella le asió la cabeza con ambas manos y le besó en la boca. Tremaine se relajó, correspondió al beso y su virilidad se impuso

finalmente. Diana separó su boca de la de él, al sentirlo, y gimió dulcemente.

—Nick, no importa que estemos…

La puerta del camerino se abrió en completo silencio. Era imposible que Diana y Nick la oyeran. Pero sí tenían que percatarse del cambio de ambiente que se produce en una habitación cuando la puerta está abierta, de la diferente sonoridad, de la diferente sensación de espacio.

Abrazados, entregados el uno al otro, ambos volvieron la cabeza hacia la puerta. No sobresaltados. Simplemente, miraron hacia allí. Vieron a Trevor Baker, lívido, parado en el umbral, apuntándoles con la pistola… La mano derecha le temblaba, pero lo solucionó sujetándola con la izquierda.

No les dio tiempo a nada. Sólo a verle. En seguida comenzó a apretar el gatillo.

Plop, plop, plop, plop.

Nick Tremaine y Diana Burns apenas gritaron. Sólo emitieron unos entrecortados suspiros, se estremecieron siempre abrazados, y, de pronto, se relajaron. Quedaron abrazados, destacando la blanca piel de la muchacha con la del hombre; la cabeza de éste sobre el hombro izquierdo de aquélla, mejilla con mejilla; el rostro de Diana medio vuelto hacia la puerta, muy abiertos los ojos.

Desde la puerta, Trevor Baker vio el lento parpadeo en los ojos de Diana Burns. Luego, se fueron cerrando los párpados, muy despacio, como en una alucinante, película proyectada a cámara lenta. Hubo un último suspiro entre los labios de Diana Burns…, y eso fue todo.

Todo.

Trevor Baker, lívido, demudado el rostro, dio un paso atrás, cerrando la puerta.

Quedó en el pasillo silencioso y solitario, respirando agudamente. Su mente era ahora un torbellino de ideas, entre las que prevalecían las de furia y decepción. ¡Había estado en lo cierto, Diana se había enamorado de Nick Tremaine! ¡Y de qué modo! Había estado escuchando tras la puerta, paralizado por la incredulidad inicial y por el rencor, hasta que oyó los gemidos de Diana que le indicaron claramente hasta dónde habían llegado ella y Nick en sus expresiones de amor… ¡Los muy cerdos, ponerse a

hacer el amor en unos momentos como aquellos, sin respetar nada, sin respetar muertos ni vivos…!

En el momento en que se pasaba la mano izquierda por la frente, que encontró empapada de sudor frío, las luces se apagaron. Trevor quedó inmóvil, desconcertado. ¿Qué se proponía ahora aquel maldito Griffin, aquel repugnante monstruo?

Casi enseguida, comenzó a oír los gemidos ululantes de los fantasmas y un frío estremecimiento recorrió su cuerpo de pies a cabeza, con terrible fuerza. De pronto, vio al resplandor hacia el extremo del pasillo donde éste se quebraba para ir hacia el despacho de Herbert Kimball. En seguida apareció otro resplandor, y otro… Instintivamente, Trevor Baker giró hacia allí y apuntó la pistola hacia los fantasmas lumínicos y gimientes.

«Es absurdo —pensó fríamente—. Jamás podría matar fantasmas a balazos. Y además, he gastado cuatro…, no, cinco balas ya. Me quedan cuatro, eso es. Bueno, más que suficientes, porque sólo tengo que matar a tres personas ya… No: a dos. Entonces, no serán seis, claro, sino cinco, porque a Florence quiere matarla él…».

Oyó pasos tras él y, enseguida, la voz de Spencer Scott-Warren, al tiempo que un resplandor aparecía en el pasillo, a ras del suelo.

—¡Nick! —Llamaba Spencer—. ¡Nick, Diana…! No se preocupen, tengo una linterna que he encontrado abajo, en utillaje… ¿Dónde están?

El resplandor iba ascendiendo. Trevor Baker estaba ahora dando frente a la salida del sótano de utillaje, por la cual aparecía, más concreto, el haz de luz. Tras él, apenas unas líneas para definir la presencia de Spencer Scott-Warren.

Trevor ni siquiera se dio cuenta de que los fantasmas habían desaparecido, ni de que habían cesado de gemir, de ulular lastimeramente: no reparó ni siquiera en la posibilidad de que el apagón y los gemidos hubieran tenido como objetivo hacer subir a Scott-Warren con la linterna, sólo…

Sólo vio, tras el resplandor de la linterna, algo que se movía. Alzó la pistola y apuntó hacia la linterna. Justo en el momento en que el haz de luz caía sobre él.

Oyó la exclamación de Spencer y enseguida su voz:

—¡Trevor! ¿Qué…?

Plop, plop.

La voz de Spencer Scott-Warren se convirtió en un gemido ronco y entrecortado. La linterna cayó al suelo, y quedó apuntando su luz hacia los pies de Trevor, pero iluminando todo su cuerpo… Trevor oyó el impacto de algo pesado contra el suelo, el tremolante suspiro, de nuevo un ronco gemido… Luego, nada.

Nada.

Nada.

Nada.

La luz volvió; se encendieron los apliques del pasillo de camerinos.

—¡Spencer! —Llegó del sótano la voz de Florence—. ¡Spencer, vuelva…! ¡No nos deje aquí solas!

Trevor Baker apretó los dientes y aspiró hondo por la nariz, cuyas aletas se dilataron al límite.

Se sorprendió al oír su propia voz, tranquila:

—No se preocupe, Florence, no pasa nada. En seguida estoy con ustedes.

Se acercó a la linterna y la recogió. La apagó. Miró a Scott-Warren, que yacía unos tres metros más allá, caído de espaldas, con los pies en dirección a él, la cabeza más lejos. Pero no tan lejos que no pudiera ver su rostro manchado de rojo, igual que su pecho. Una mano de Spencer se crispaba en su pecho sangrante; la otra estaba por encima del hombro, extrañamente vuelta con la palma ensangrentada hacia arriba…

—¡Trevor! —Llamó Florence Mac Donnell—. ¿Trevor, qué pasa?

—¡Nada, Florence! ¡Ya bajo!

Emprendió lentamente el descenso, llevando en la mano izquierda la linterna, en la derecha la pistola. Abajo había luz. Llegó al final del ángulo de peldaños. Finalmente, al sótano que se utilizaba como depósito de utillaje.

Florence Mac Donnell y Nellie Dorsey estaban vueltas hacia él, mirándole. Pero enseguida, las dos miraron la pistola, luego la linterna, de nuevo la pistola… Cuando volvieron a mirar los ojos de Trevor Baker, éste vio el desconcierto en sus miradas. Y el miedo. Un miedo todavía como… incierto, como remoto.

—Aquí estoy —dijo, con voz sin matices.

—Esa pistola… ¿De dónde la ha sacado? —preguntó Nellie.

—Me la ha dado Griffin.

—¿Griffin? ¡No es posible!

—Sí.

—Pero… no comprendo… ¿Qué ha pasado?

—¿Lo ha matado? —exclamó Florence, excitada—. Trevor: ¿ha conseguido matar a ese monstruo? ¡Oh, podremos…!

—No, no lo he matado. Está vivo, esperándonos a nosotros. A usted y a mí, Florence.

—¿Qué, qué quiere decir? —tartamudeó Nellie.

—Acabo de matar a Spencer —susurró Trevor—. Y antes maté a Edgar, y también a Nick y a Diana. Ellos estaban haciendo el amor. ¡Estaban desnudos, haciendo el amor, en una situación como ésta, tan angustiosa para todos! Primero la oí reír a ella, varias veces. Luego, los estuve escuchando a través de la puerta del camerino… ¡Estaban haciendo el amor! Esa… esa idiota… ¡Los maté cuando estaban en pleno acto!

—Dios… mío… —gimió Nellie.

—Sería conveniente que volviera a desmayarse, Nellie. Sí, esta vez sería de lo más conveniente, porque así no se daría cuenta de nada.

—¿De… de qué tendría… tendría que darme… cuenta…?

—De que muere.

—¡Trevor, no diga…!

Plop, plop.

La súplica de Nellie Dorsey, se convirtió en un alarido primero, y luego en un extraño gorgorito, mientras retrocedía como a empujones violentísimos, llevándose ambas manos al pecho. Cayó sentada y se quedó así, mirando estúpidamente a Trevor Baker, que sintió un estremecimiento espantoso en todo su cuerpo. Nellie Dorsey separó las manos de su ensangrentado pecho, y las miró, con aquella expresión de incredulidad, de estupidez absoluta.

—¡Dios… bendito…! —gimió agudamente.

Y se desplomó de pronto hacia atrás.

Trevor la estuvo mirando unos segundos. Por fin, miró a Florence Mac Donnell, que seguía mirando con expresión desorbitada a Nellie Dorsey.

—Vamos, Florence.

Esta volvió lentamente la mirada hacia él. Había en sus ojos una profunda expresión de miedo. Un miedo animal, abyecto…

Comenzó a mover negativamente la cabeza.

—No… No, no, no… Por Dios, Trevor, no…

—Vamos al escenario. Griffin la está esperando: quiere ser él quien la mate, a su manera.

—Dios mío… ¡Es usted más monstruo que él! Trevor, ¿qué le pasa, qué le ha pasado, por qué hace esto…? ¡No lo comprendo!

—¡No me importa que lo comprenda o no! —Gritó Baker—. ¡Todo lo que me importa de usted es que suba conmigo al escenario! ¡Vamos, camine, o la empujaré a golpes!

—Está… está usted loco, ha perdido el juicio… ¡No puede hacer esto! —Florence Mac Donnell cayó de rodillas—. ¡Por lo que más quiera, Trevor, no lo haga…! ¡No me lleve con él! ¡Mátelo a él! ¡Sí, ahora tiene una pistola, puede… puede matarlo a él, a Griffin! ¡Por lo que más quiera!

—Lo que más quiero es mi vida…, y por ella estoy haciendo todo esto. ¡Camine!

Florence Mac Donnell caminó, pero de rodillas, tendidos los brazos hacia Baker, descompuesto el rostro por el miedo, palpitante en sus ojos la súplica.

—Trevor… Trevor, querido amigo, no…

—¡No me obligue a golpearla y a subirla en brazos! ¡Todo será lo mismo, al final!

—Por Dios… —continuó Florence desplazándose de rodillas—. Por Dios se lo suplico… No lo haga, no me lleve con él… ¡Mátelo a él! Tengo… tengo dinero, se lo daré todo, le… le serviré, seré… una esclava de usted… ¡para todo!

Trevor Baker estaba atónito. ¿Qué le estaba proponiendo Florence? ¿Darle dinero y convertirse en su… esclava? Esclava… ¿de qué? ¿Sexualmente, quizá? Era pasmoso esto. ¿Qué podía ofrecerle ella que valiese más que su vida?

Retrocedió un paso, evitando la aproximación de ella.

—Si no sube por su propio pie —jadeó—, no tendré más remedio que golpearla y subirla en brazos, Florence… ¡Póngase en pie!

Florence se puso en pie, siempre tendidos sus brazos hacia Trevor, que retrocedió de nuevo y señaló la escalera con la pistola. Florence caminó hacia allí, comenzando ahora a llorar a lágrima viva, estremecido todo su cuerpo por fortísimos sollozos. De pronto,

Trevor Baker sintió deseos de vomitar. Las náuseas fueron horribles, creyó que incluso iba a desvanecerse. Pero se sobrepuso y, lívido como un muerto, subió tras Florence Mac Donnell, que no cesaba de llorar con una congoja escalofriante…

Y todavía estaba llorando cuando ambos entraron en el escenario.

Capítulo IX

Y allá estaba Malcom Griffin, el monstruo, sentado en el sillón. Al verlo, Florence enmudeció, y cayó de nuevo de rodillas. La mirada del monstruo pareció resbalar sobre ella antes de alzarse hacia Trevor Baker.

—Muy bien, Baker. ¿Los demás están muertos?

—Sí… Sí. Todos. Todos.

—De modo que ha tenido hígados para hacerlo, ¿eh?

—Tenía que elegir… entre mi vida o la de ellos.

—Cierto. Pero no es esa exactamente la cuestión. La cuestión era saber si usted sería capaz, de hacerlo. ¿Sabe que muchísimas personas habrían sido incapaces de cometer varios asesinatos aunque les fuese en ello la vida? Le aseguro que hay muy pocas personas en este cochino mundo con un alma tan negra cómo la suya.

—¡Usted me lo exigió!

—Desde luego. Pero para hacerlo hay que ser muy especial… Estoy seguro de que ninguno de los otros habría sido capaz. Y seguramente no hay en todo Londres otra persona como usted. O sea, que es usted todavía peor de lo que todos creían.

—¡No tiene derecho a hablarme así usted, que me ordenó lo que tenía que hacer!

—No vamos a discutir. Deme la pistola y vaya a sentarse a la platea. Quiero que presencie usted el final del drama… ¡Y tenga cuidado con lo que está pensando hacer con esa pistola! A mí no me importa morir, pero a usted sí. Y si me mata, jamás saldrá vivo de aquí. Yo pienso cumplir mi parte del pacto, como usted ha cumplido la suya… ¿De acuerdo? ¿Sí? Pues deme la pistola y vaya a ocupar una butaca: ¡no quiero que se pierda el final!

Trevor Baker obedeció. Poco después, ocupaba una butaca en el centro de la platea. Se quedó mirando, como en sueños, al monstruo y a Florence Mac Donnell. Esta se había puesto en pie, y estaba ahora a un par de metros del monstruo… Trevor respingó al ver el puñal en la mano de éste.

—¡Baker! —Llamó el monstruo—. ¿Nos ve bien?

Trevor tragó saliva y asintió con la cabeza, diciendo enseguida con voz aguda:

—Sí. Les… les veo, claro…

—¡Pues observe mi venganza final!

—¡NO! —Chilló Florence—. ¡NO, NO, NO, NOOOOO…!

Quiso retroceder, pero el monstruo se abalanzó sobre ella, puñal en alto, y le asestó un tremendo golpe en el centro del pecho… El alarido de Florence Mac Donnell fue espeluznante. Trevor Baker cerró los ojos, pero no pudo cerrar los oídos; desde el escenario le llegaban los gritos de Florence, y las carcajadas del monstruo… Baker tenía la extraña sensación de que su cabeza se había separado del cuerpo, que permanecía quieto, rígido en el asiento, mientras que aquélla flotaba en un mundo irreal, en un espacio de dimensiones nuevas y enormes… Se dio cuenta de que tenía los ojos de nuevo abiertos, y ahora, como en una nueva perspectiva, veía lo que ocurría en el escenario.

Florence seguía en pie, intentando escapar, pero el monstruo, increíblemente veloz, la perseguía, resonando en las tablas el clocloc, clocloc de sus pasos siniestros, mientras una y otra vez hundía el puñal ensangrentado en el cuerpo de la mujer. La sangre salpicaba a todas partes…

En el último instante, antes de que una especie de velo se posara ante los ojos de Trevor Baker, éste todavía pudo ver a Florence Mac Donnell cayendo lentamente al suelo, y cómo el monstruo le asestaba todavía otra cuchillada…

Se hizo por fin el más denso silencio.

Durante unos segundos, el monstruo permaneció inmóvil, contemplando el ensangrentado cuerpo de Florence, caído a sus pies. Por fin, aspiró hondo, y se volvió hacia las candilejas: Allá abajo, no de lleno en el círculo de luz del foco, pero sí lo bastante cerca para que pudiera ser visto desde el escenario, estaba Trevor Baker, el único espectador.

—Muy bien, Trevor —dijo el monstruo sosegadamente, con una voz diferente—. ¿Por qué no aplaude? ¿No le ha gustado la obra?

Ya no era la extraña voz del monstruo la que sonaba, sino la voz de George Clough. El monstruo tenía la voz de George Clough. Y el monstruo se quitó la careta de goma, dejando al descubierto la cabeza de George Clough, sus facciones.

George Clough sonrió, fija su mirada, ahora normal, en el único espectador.

—Esperamos haberle convencido de que no es usted el único buen actor que hay en este teatro, Trevor. Por mucho que le cueste, tendrá que admitir que nuestro trabajo ha sido sencillamente magnífico, digno de nuestra categoría que usted, con su estúpida soberbia, se ha estado negando a admitir. ¿Y qué decir de la obra escrita por Spencer Scott-Warren? ¿No le ha parecido magnífica? Podríamos titularla… «Función para un solo espectador». Y ese único espectador, muchacho, ha sido usted en todo momento. Admitamos la genialidad del gran escritor Spencer Scott-Warren, que nos complació a todos dedicando parte de su valioso tiempo a escribir esta obra para un solo espectador… ¡Un aplauso para el gran dramaturgo Scott-Warren, a quien suplico que acuda a saludar a su público!

Detrás de las bambalinas comenzaron a sonar aplausos, y el escritor apareció por un lado de éstas, sonriente, todavía manchada su cara y su pecho de líquido rojo. Los aplausos arreciaron cuando el escritor inclinó la cabeza en simpático saludo hacia su único espectador.

—Y ahora —dijo George Clough—, sigamos aplaudiendo al resto del formidable elenco. En primer lugar, un fuerte aplauso para Herbert Kimball, que, si bien no es actor, supo estar a la altura de su sencillo papel de ahorcado… ¡Un aplauso para Herbert Kimball!

Herbert Kimball apareció en el escenario, todavía arrastrando la cuerda que rodeaba su cuello… pero que, por detrás, pasaba por los ganchos de los atalajes que se habían fijado a su torso para que pudiera permanecer suspendido.

—Lo siento, Trevor —masculló Kimball—, pero usted se lo buscó. Intenté disuadirlos a todos varias veces, pero a cada día que pasaba estaba usted más desagradable, más insoportable. Espero que esto le sirva de lección, muchacho.

—Solicito ahora la presencia de Edgar Bottome, el gran y veterano actor de carácter que nos ha deleitado con su sobria interpretación… ¡Edgar Bottome!

Edgar Bottome apareció también en el escenario, saludó con sobrio y elegante gesto al solitario espectador, y se colocó junto a Kimball, mientras era aplaudido desde detrás de los decorados. George Clough movió ahora ambos brazos.

—Nick Tremaine y Diana Burns —anunció—, la joven pareja a la que auguramos un gran porvenir en el teatro y en la vida privada, tras encontrar el amor que todos les deseamos dure toda su vida… ¡Ante usted, Nicholas Tremaine y Diana Burns!

Los dos jóvenes actores aparecieron en el escenario, ambos ya vestidos, tomados de la mano, sonrientes. Se acercaron al borde del escenario, y saludaron repetidamente al solitario espectador, mientras los demás aplaudían.

—Leyland Waddle —presentó ahora George Clough—, siempre impecable en sus actuaciones, siempre ajustado a su papel, siempre sin divismos, pero siempre eficaz y espléndido. ¡Un gran aplauso para Leyland Waddle!

Todos iban aplaudiendo a medida que sus compañeros saludaban. Todos, menos Trevor Baker, que permanecía inmóvil en su butaca, la mirada fija en el escenario.

—Nellie Dorsey —dijo Clough—, cuyos desmayos y escenas de patetismo nos han, admirado a todos, al superar con creces a las calidades interpretativas que ya le conocíamos. ¡Ha estado usted magnífica, Nellie!

Nellie Dorsey apareció, sonriente, también manchada de «sangre», se acercó al borde del escenario, saludó a Trevor Baker y se volvió para aplaudir a los compañeros que la estaban aplaudiendo a ella.

—En cuanto a mí mismo —dijo George Clough—, debo confesar que me ha resultado especialmente grato representar el papel de Malcom Griffin, el inexistente actor sobreviviente del inexistente teatro Arlington de Liverpool… ¡Espero que ninguno de ustedes me recuerde como tal monstruo, sino como el de siempre simpático y buen compañero George Clough!

Hubo risas y aplausos, que Clough acortó con sus gestos, a pesar de la insistencia de todos en aplaudirle. Consiguió por fin el silencio

y alzó ambos brazos.

—¡Pero, la indiscutible estrella de la noche ha sido, sin la menor duda, Florence Mac Donnell, en su interpretación de asesina incendiaria arrepentida de su acción! ¡Por la riqueza de sus expresiones, por su emotividad, por la calidad de cada uno de sus gestos, por su magnífica labor en esta función para un solo espectador, pido el más grande aplauso de la noche para Florence Mac Donnell!

Esta comenzó a ponerse en pie y Spencer y Nick dejaron de aplaudir para ayudarla, tomándola amablemente por los brazos, que, como todo el cuerpo, estaba salpicado de rojo líquido. En cuanto Florence estuvo en pie, Nick y Spencer unieron sus aplausos a los de los demás. Florence Mac Donnell comenzó a aplaudir a su vez a sus compañeros, mirando a uno tras otro, enviándoles sonrisas y gestos de simpatía… Habían trabajado todos mucho a escondidas de Trevor Baker para representar aquella obra secreta de Spencer Scott-Warren, pero había valido la pena.

Todos se felicitaban unos a otros, besándose y abrazándose. Sí, todo había valido la pena. La preparación de los trucos de la pistola que sólo disparaba salvas, el puñal con muelle del que brotaba la falsa sangre, la instalación de pequeños magnetófonos con gemidos fantasmales, las puertas y ventanas cerradas, la inutilización de los teléfonos… Todo había valido la pena ahora que acababan de dar la magistral lección de profesionalidad al más engreído, fatuo y desagradable personaje que jamás conocieron todos…, y que seguía inmóvil en su butaca.

—Me parece —rio Kimball, nerviosamente— que a Trevor no le ha gustado mucho la broma, damas y caballeros.

—¿No? —Gruñó Tremaine—. Bueno, menos nos ha gustado a todos que él fuese capaz de matarnos.

Se hizo un súbito silencio, dejaron de sonar las risas y los comentarios. Las miradas de todos, súbitamente hostiles, se posaron en el solitario e impávido espectador. Por fin, Spencer preguntó:

—¿No tiene nada que decir, Trevor? Nos ha demostrado usted que además de ser una persona insufriblemente vanidosa y desagradable, carente por completo de tacto y delicadeza para convivir con personas normales, es un… criminal en potencia. Por poco que pensemos en ello todos hemos de comprender que,

básicamente, usted ha asesinado a cinco personas. Puede que sea un buen actor, pero…

—Lo es —dijo Kimball—, pero todos acaban de demostrar que no es el mejor, ni mucho menos. En esta compañía no hay ni mejor ni peor, todos ustedes son excelentes. Y en lo que a mí respecta, si Trevor Baker se ha molestado y quiere marcharse, me parecerá muy bien. No sólo encontraremos un actor digno de todos los demás aquí presentes, sino que nos libraremos de una persona… criminal, malvada, y de un egoísmo atroz. ¡Por mí puede irse al infierno, Trevor Baker! Y creo que todos los demás estarán de acuerdo en que será un placer perder de vista a alguien capaz de asesinarlos… ¡Por Dios, cuanto más lo pienso más espanto me produce su sola presencia, Baker! Así que, puesto que la función ha terminado… ¿por qué no se larga?

—No estaría mal que se fuera, no —dijo Diana Burns—. ¡Dios mío, nunca creí que fuese capaz de dispararnos!

—Pues lo hizo —gruñó Nick.

—¿Y bien, Baker? —Insistió Kimball—. ¿No quiere decir nada?

No.

Trevor Baker no dijo nada. Continuó allá, sentado, inmóvil. Nick Tremaine farfulló algo, se acercó al foco y lo movió, de modo que la luz cayó de lleno sobre Trevor Baker.

Este ni siquiera parpadeó.

De nuevo se hizo un súbito silencio. Nick Tremaine saltó de pronto del escenario, se metió en el pasillo central, y caminó hacia la fila de butacas una de las cuales ocupaba el único espectador de la insólita función.

Trevor Baker ni siquiera volvió la cabeza para mirarlo. Seguía inmóvil, fija la mirada al frente, hacia el escenario. Tremaine se metió entre las dos filas de butacas y se desplazó hacia su colega. Se detuvo junto a él, miró sus ojos hieráticos, palideció, y tras un titubeo, pasó la mano extendida ante los abiertos, fijos, cristalizados ojos de Trevor Baker.

Jamás sabrían si la obra había gustado.

El único espectador estaba muerto.

Este es el final

EL inspector Hubbard, de New Scotland Yard, se irguió frente al solitario ocupante de la platea, giró, y recorrió la distancia entre las dos filas de butacas hasta el pasillo, donde todos los actores esperaban.

—Desde luego, está muerto —dijo—. El forense vendrá de un momento a otro, pero creo poder decirles que para mí la causa de su muerte ha sido un colapso cardíaco fulminante.

—¡Oh, Dios mío! —Gimió Diana—. ¿Qué va a pasar ahora?

Desmond Hubbard frunció el ceño. Llevaba más de treinta años en la policía, y en todo ese tiempo jamás había escuchado nada semejante a la explicación de los hechos que le había hecho el escritor Spencer Scott-Warren cuando fue personalmente a buscarlo al Yard, no sólo como policía, sino como un viejo amigo de su padre.

—¿Qué va a pasar? —murmuró—. Francamente no tengo la menor idea. Supongo que todo seguirá igual en el mundo sin la presencia del señor Baker. O quizá mejor, a juzgar por lo que me ha contado Spencer sobre él. La gente como Baker tarde o temprano hace algo que atenta contra las vidas o la felicidad del resto de los mortales… Posiblemente, esté mejor muerto que vivo.

—Pero… ¡Le hemos matado nosotros! —gimió Nellie Dorsey.

—Tómenselo con calma. Como todo el mundo sabe, la justicia inglesa es… muy peculiar. No creo que dictaminen homicidio sólo porque un espectador no sepa o no pueda soportar un drama. Además, de todos los aquí reunidos, la peor persona era precisamente el muerto. ¿Para qué lamentarnos? Seguramente han beneficiado a muchas personas. Claro que —frunció el ceño—, esto son consideraciones personales, así que comprenderán ustedes que

mi deber es… acompañarlos al Yard para que todos firmen la declaración pertinente.

Spencer Scott-Warren agarró por un brazo al inspector.

—Desmond, de verdad, díganos qué puede ocurrirnos.

El inspector Hubbard miró hacia la entrada a la sala, en la que había varios hombres, y acababa de llegar otro, con un maletín. Había policías fuera y dentro del teatro, y todos andaban desconcertados… El veterano policía sacó su pipa y se la incrustó, apagada, entre sus dientes ya no muy firmes, manchados de nicotina. Estuvo chupando de la pipa unos segundos y, por fin, viendo acercarse al forense, movió la cabeza.

—Bueno, no sé —masculló—; pero en lo personal siempre he creído que hay una justicia por encima de la nuestra, sí que pienso que, si ese hombre ha muerto, debe ser porque así convenía. Les sugiero que recuerden que él «los mató» a ustedes, fríamente. Eso pesará mucho en el juicio, ¡vaya si pesará! Realmente, pienso que todos ustedes, a pesar de Trevor Baker, tienen por delante una larga y feliz vida. Especialmente —miró sonriente a Diana y a Nick—, este par de hermosos jóvenes. Yo no me preocuparía demasiado, francamente. Ah, Spencer, una cosa, avísame si alguna vez ponéis en escena esta… última obra tuya para un solo espectador.

—No creo que lo hagamos nunca —susurró el escritor.

—Pero si lo hacéis, avisadme, por favor. Es que… no quisiera asistir a ella, ¿comprendes? Y ahora, perdónenme todos, por favor: tengo que acompañar al forense a ver el único espectador de la más… extraña obra jamás representada. Con permiso…

FIN